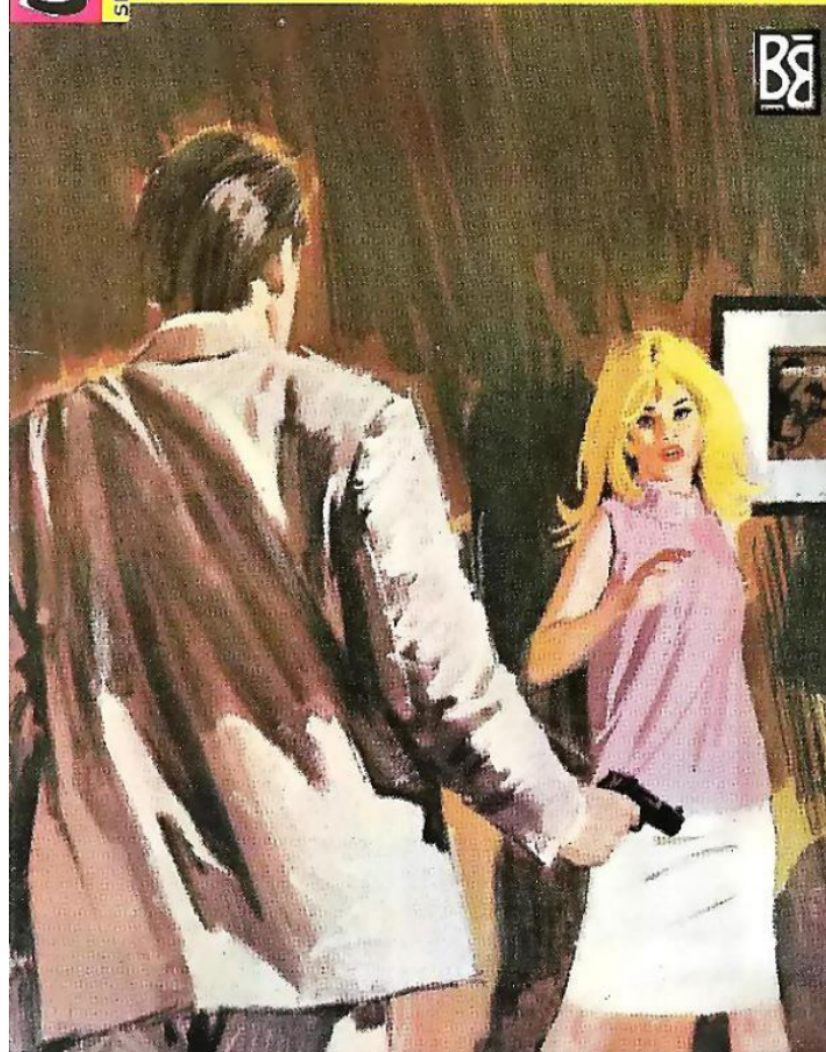

SS
SERVICIO SECRETO
CORRUPCION EN FLORIDA
burton hare
BB



BURTON HARE



# CORRUPCION EN FLORIDA




**SERVICIO SECRETO n.º 777**
**Publicación semanal**
**Aparece los MIERCOLES**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO




*Depósito Legal B 11816 - 1965*
***Impreso en España - Printed in Spain***

***1.ª edición: junio - 1965***



**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965**

**2182/65**

**ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

**En Colección PUNTO ROJO:**
163 — El «Gran Dragón».

**En Colección SERVICIO SECRETO:**
772 — Reunión de traidores.

**En Colección ARCHIVO SECRETO:**
59 — Diamantes… y crimen.

# CAPÍTULO PRIMERO

Encendí otro cigarrillo para cargar un poco más la ya enrarecida atmósfera de la habitación. Mi humor se agriaba a medida que transcurría el tiempo dejando atrás la hora de la cita. No había duda que mi estancia en Daytoria Beach iba a carecer de todos los atractivos que pregonaban las guías turísticas de Florida.

Incluso el tiempo y los elementos se habían confabulado contra mí. El viento huracanado del Atlántico arrojaba olas de lluvia contra los cristales de la ventana, mientras la tormenta se abatía sobre la ciudad, cuyas calles desiertas y convertidas en ríos podía contemplar desde la ventana. La lluvia, el viento y el mar embravecido armaban un estruendo de todos los diablos, y la prematura oscuridad era rasgada a intervalos por los tremendos relámpagos, propios de esas latitudes.

Me aparté de la ventana cansado de contemplar la tupida cortina de agua que se deslizaba al otro lado de los cristales. Le di otro sorbo al *whisky* y apuré el vaso. La botella estaba mediada y hacía menos de una hora que el botones la había traído, pero lo único que podía hacer mientras aguardaba a mi cliente era beber y fumar, y eso estaba haciendo a un ritmo que ningún médico aconsejaría.

Sin embargo, el cliente parecía haberse olvidado de la cita, o tal vez se había asustado de la tormenta. Comencé a preocuparme ante la súbita idea de que tal vez hubiera desistido de la investigación. Aunque nos había remitido mil dólares como garantía, había muchos más en perspectiva como para no inquietarse ante la idea de perderlos.

Consulté la hora una vez más. Faltaban cinco minutos para las nueve y la cita había sido fijada por él a las ocho. Mis preocupaciones crecieron un poco más.

Entonces llamaron a la puerta con los nudillos. Fue una llamada débil, casi tímida. No pude contener un suspiro de alivio; después

de todo, no había desistido del caso.

Abrí la puerta dispuesto a convencer a nuestro cliente de que en toda la unión no podía haber contratado a nadie más efectivo que *Bloch y Cassidy*, de Los Ángeles.

Pero no era el cliente.

Quedó inmóvil, sosteniendo la puerta abierta y contemplando los más profundos ojos color esmeralda que hubiera visto jamás. Iluminaron una cara de facciones subyugantes, de pómulos salientes y labios apenas maquillados y húmedos. No podía calificarse de hermosa. No obstante, sus facciones poseían un extraño poder de atracción, tal vez porque sugerían un abismo de pasiones desbordantes.

—¿Usted es Jim Bloch, de Los Ángeles? —inquirió, sin moverse ni hacer el menor ademán para entrar.

—Así es. ¿No quiere pasar, señorita…?

—Lawery —dijo, al mismo tiempo que cruzaba el umbral—. Leila Lawery.

Cerré la puerta y me volví. Tenía una figura de las que no se olvidan. El trasparente impermeable no conseguía velar la altivez de sus rotundas formas de mujer, aunque mi primera impresión fue que era muy joven. Pensé que debía haberse desarrollado demasiado aprisa. O tal vez fuese debido al clima tropical.

—¿Hija de míster Lawery? —pregunté con precaución.

—Hermana.

—Ajá; siéntese, por favor. ¿Le apetece un *whisky*? Es lo único que puedo ofrecerle.

—Sí, gracias.

Tomé el vaso limpio y le escancié uno bastante cargado, al mismo tiempo que llenaba también mi vaso. Le añadí hielo y se lo ofrecí.

—¿La envía su hermano, señorita Lawery?

Mi pregunta la sobresaltó, pero consiguió serenarse rápidamente con ayuda del *whisky*.

—No —dijo—. Ni debe saber que he venido a verle… ¿Le ha hablado él de mí?

—Nunca he visto a míster Lawery —gruñí con disgusto—. Habíamos concertado una cita para las ocho de esta noche, pero no ha acudido.

Se sobresaltó nuevamente. Parecía estar con los nervios de punta.

—¿Cree que vendrá ahora?

—No lo sé, aunque no lo creo. Tal vez se ha asustado con la tormenta. ¿No sabe usted dónde está?

Desvió la mirada, huyendo del escrutinio a que la sometía y dijo:

—Seguramente estará jugando en alguna parte. Cuando está ante una ruleta o con las cartas en la mano pierde la noción del tiempo… Pero él ha contratado sus servicios, ¿no es cierto, míster Bloch?

—Lo es.

—En ese caso… ¿cómo es posible que no conozca a Barton?

—Nos contrató por carta —expliqué con cierta impaciencia—. Para garantizar su petición y nuestro desplazamiento remitió mil dólares, de manera que todavía no he hablado con él personalmente.

—Comprendo.

Se llevó el vaso a los labios y bebió largamente. Recordé que el mío estaba sobre la mesita y le di un buen tiento. Cuando lo aparté de mi boca tropecé con los misteriosos ojos de la muchacha fijos en mí.

—Bueno, dígalo de una vez —le espeté con voz suave.

—¿Qué?

—Usted no ha venido solamente por el placer de conocerme.

Sonrió y negó con un gesto.

—Opino que será preferible poner las cartas boca arriba —murmuró sin mirarme—. He venido a pedirle que regrese usted a Los Ángeles, míster Bloch.

Creí que no había oído bien.

—Repítalo —dije.

—Quiero que renuncie al encargo de Barton, eso es todo.

—Eso es todo… —repetí irónicamente—. Es tanto como arrojar mil dólares por la ventana. No lo encuentro divertido. ¿Por qué he de renunciar a este trabajo?

—No lo comprendería… Lo que Barton está tramando es algo tan sucio…

—Dígame qué está tramando para empezar, así tal vez sepa a qué atenerme respecto a usted.

Pegó un respingo y me miró con la incredulidad reflejada en su rostro.

—Pero… usted trabaja para él…

—¿Y bien?

—Debe saberlo, ya que está aquí.

—No sé una palabra —afirmé con sequedad.

—No puedo creerlo… Usted es Jim Bloch, un detective de Los Ángeles, ¿no es cierto?

—Muy cierto; soy la mitad de la sociedad *Bloch* y *Cassidy*. La otra mitad se ha quedado en casa atendiendo la oficina.

—Entonces es absurdo que no sepa qué trama mi hermano.

—Le he dicho que nos contrató por carta. Precisamente en nuestra entrevista de esta noche teníamos que discutir los pormenores del caso. Y ya que estamos en eso, ¿por qué no me cuenta usted lo que la preocupa? Tenemos tiempo y se está bien aquí…

—Sí, es un magnífico hotel.

—De primera categoría. Entre paréntesis, le diré que los gastos corren a cargo de su hermano, de manera que póngase cómoda y pida lo que quiera.

—No tiene gracia —refunfuñó.

—No pretendo que la tenga.

Se echó atrás en el asiento y apuró el *whisky* hasta la última gota. Tras esto me miró con los bellos ojos entrecerrados.

—¿Cuánto iba a pagarle mi hermano?

—Barton Lawery sigue siendo mi cliente —puntualicé—, de manera que será mejor que le pregunte eso a él.

—Se lo pregunto a usted, míster Bloch. Tal vez me convenga contratarle personalmente…

—Está bien, no creo que sea vulnerar el secreto procesional detallarle nuestras tarifas —la obsequié con una sonrisa burlona y añadí con tono profesional—: Míster Lawery depositó mil dólares en concepto de garantía, paga cien dólares diarios más los gastos de desplazamiento y estancia en Daytona Beach, y nos abonará cinco mil como gratificación una vez concluido el caso satisfactoriamente. ¿Satisface eso su curiosidad, señorita Lawery?

—En parte solamente. ¿Sabe usted quién tendrá que pagar todo ese dinero realmente?

—Nuestro cliente, creo yo.

—No.

—¿No?

—Tendré que pagarlo yo.

—¡No me diga!

—Aunque lo dude, todo el dinero que les pague a ustedes mi hermano saldrá de mi bolsillo tarde o temprano. ¿Le parecería honesto cobrar su trabajo con ese dinero?

—Imagino que será de curso legal —dije, apoderándome de los vasos y yendo a llenarlos otra vez, con lo que el contenido de la botella descendió de manera alarmante. Me dije que tendría que cargar el *whisky* también en la cuenta de gastos.

Cuando me volví, con las bebidas en la mano, vi que se había levantado y estaba abrochándose el impermeable.

—¿Qué pasa ahora, se marcha? —pregunté, lamentando perderla de vista tan pronto.

—Creo que no tengo nada que discutir con usted. Creí que… que tendría usted más dignidad.

Me eché a reír. Hasta cierto punto no dejaba de divertirme la indignación de la muchacha.

—El trabajo es el trabajo, linda —le espeté, ofreciéndole el vaso —. Vamos, beba el último trago por lo menos antes de marcharse. Le irá bien para enfrentarse con la tormenta.

Titubeó unos segundos, pero acabó por aceptar y engulló la mitad del *whisky* de un trago. Sus mejillas se colorearon violentamente y tuvo un acceso de tos provocada por el alcohol. Volvió a sentarse y pareció que renacía la paz entre los dos. Sin embargo, me sorprendió nuevamente cuando dijo:

—Tiene razón, el trabajo es el trabajo. Yo le pagaré para que «no» trabaje.

—Me sorprende usted —dije, riendo—. Es la primera vez que alguien me ofrece dinero para que me tome unas vacaciones.

—No tiene nada de divertido. ¿Acepta el trato o no?

—Comprenda que es algo inesperado… tendría que consultar con mi socio —dije para tirarle de la lengua.

—¡No puedo esperar! —estalló con vehemencia—. Es preciso que se decida ahora…

—No tomaré ninguna determinación hasta conocer la naturaleza

del caso, señorita Lawery —afirmó—. Y no la conoceré hasta que haya hablado con su hermano. Iré a verlo mañana a primera hora y decidiré.

—¡Oh! —calló, desconcertada por alguna razón que no pude comprender. Sin embargo, se apresuró a añadir—: Me parece bien, míster Bloch, así verá usted cuán sucio es lo que Barton pretende.

—¿Por qué no me dice de una vez qué es lo que pretende?

Tras un titubeo se decidió.

—Él… él quiere que usted me vigile a mí, que investigue mi vida privada. Y, además, va a pagar eso con mi propio dinero.

—¿Por qué tiene que pretender eso?

—Él le explicará.

Apuró el resto de *whisky* y se levantó con decisión, aunque noté que sus manos temblaban.

—Tengo que marcharme ahora —murmuró—. Espero que acepte mi proposición mañana por la mañana.

No dije nada y me quedé ante ella, mirándola fijo a la cara en un vano intento de adivinar lo que se escondía detrás de sus grandes ojos verdes. Pensé que podía ser miedo, un profundo temor a algo desconocido para mí.

Ella trató de resistir mi escrutinio, pero de repente toda su coraza de seguridad se resquebrajó y se vino al suelo como un castillo de naipes. Se echó a llorar violentamente.

Fue un estallido súbito e inesperado, y cuando se cubrió la cara con las manos las lágrimas inundaban ya sus mejillas.

Durante unos instantes quedé tan estupefacto, que no atiné a hacer ni decir nada. Las mujeres son los seres más desconcertantes de la creación, según opinaba mi socio, pero Leila Lawery se llevaba la palma en ese sentido.

Al fin me acerqué a ella y la sujeté por los brazos.

—¿Qué le pasa ahora, linda?

Se acurrucó contra mí y escondió la cara en mi hombro. Sus sollozos se hicieron más violentos y cada estremecimiento de su cuerpo se transmitió al mío amenazando con hacer polvo mi ecuanimidad.

No encontré una sola palabra para consolarla, de manera que fue preciso que transcurriera cierto tiempo antes que pudiera calmarse lo suficiente para dejar de sollozar.

—¿Se encuentra mejor ahora? —balbuceé, desconcertado.

—Sí… Habrá pensado usted que soy una tonta histérica…

—No he tenido tiempo de pensar. ¿Por qué no confía en mí? Dígame qué la preocupa y tal vez pueda hacer algo por usted.

—¡Oh, no…!

Levantó la cara y sus ojos, todavía inundados de lágrimas, se clavaron en mí, interrogantes y cargados de temor. Y sólo se me ocurrió un medio para hacerle olvidar sus temores.

La estreché contra mí y la besé suavemente en los labios. No fue un beso violento ni pasional porque no podía serlo en semejantes circunstancias, pero incluso así noté una oleada de calor que penetró dentro de mí, tumultuosamente.

Cuando se apartó lo hizo sin violencia, como si no tuviera mucha prisa. Nos miramos largamente y yo traté de sonreír.

—No crea que hago eso con todas mis futuras clientes —dije.

—Estoy segura… He de marcharme ahora.

Acabó de apartarse. Temblaba. Intenté retenerla sudándola por la mano, pero se apartó vivamente.

—No —dijo con voz apenas perceptible—. Ahora no… no podría…

Giró sobre sus talones, abrió la puerta y se lanzó por el pasillo como si la persiguieran.

Cerré lentamente y me quedé unos instantes sin saber qué hacer. Por una parte, en mis labios seguía notando el sabor de ella. Y por otra estaba tan estupefacto por su desconcertante proceder que todo lo que se me ocurrió, fue vaciar el resto de la botella en el vaso y apurarlo hasta la última gota.

Ni así aclaré mis ideas.

## CAPÍTULO II

A la mañana siguiente no quedaba el menor rastro de la tormenta que había azotado la ciudad la noche anterior. Un sol de fuego había barrido hasta la humedad dejada por la lluvia, y la gente, acostumbrada ya a esos estallidos de los elementos, se aprestaba a vivir un día feliz en las extensas playas, zambulléndose en un mar tan plano y suave como una lámina de cristal.

No obstante, en mí sí quedaba todavía girones de la tormenta. La cabeza me dolía y hasta sentía una sensación de pesadez en la mente, como si la tuviera sumergida en espesa niebla. Atribuí todo eso al *whisky* y al haber estado demasiadas horas dándole vueltas al problema que la bonita Leila me planteara con su inesperada visita.

Seguía pensando en todo eso cuando el taxi se detuvo, frente a un edificio de reciente construcción. Pagué y salté a la acera, levantando la mirada para abarcar la riqueza de la marmórea fachada. Calculé que los alquileres de semejantes apartamentos deberían ser más que regulares, cosa que no encajaba con lo dicho por mi visitante. Barton Lawery debía tener otros ingresos, además del juego, a menos que fuera un jugador excesivamente afortunado.

Un rápido ascensor me llevó hasta el décimo piso. No había más que dos puertas en cada rellano. La de mi cliente era la de la derecha y a ésa fue a la que llamé. Un armonioso campanilleo resonó en el interior, pero nadie acudió a abrir la puerta.

Lo intenté otra vez, impaciente. Ya había perdido demasiado tiempo con las esperas sufridas hasta entonces.

Pero tampoco obtuve resultado. O Barton Lawery estaba ausente o dormía bajo los efectos de una imponente resaca.

Acabé golpeando la puerta con los nudillos sin delicadeza alguna. La puerta giró suavemente y quedó abierta hasta su mitad.

Bien; contemplé un lujoso *hall tenuemente alumbrado por una luz indirecta. En el suelo, junto a una puerta interior, había un vaso volcado*

*y algunas gotas de licor se habían derramado junto a él. No había que ser ningún lince para comprender que la persona que había dejado la puerta sin cerrar se encontraba bajo los dominios de una buena borrachera.*

Entré y cerré a mis espaldas.

—¿Hay alguien aquí? —pregunté en voz alta.

No obtuve respuesta, de manera que seguí adelante descubriendo la riqueza de los muebles y chucherías de una decoración de primera categoría.

En la salita a que desemboqué quedaban más vestigios todavía de la juerga. Sobre una mesita baja había dos vasos sucios, una botella y un recipiente de plata lleno de agua hasta su mitad. El hielo se había derretido hacía horas.

Un lujoso mueble bar estaba abierto mostrando toda una colección de licores exóticos. La atmósfera olía a lugar cerrado, a humo de tabaco y a alcohol. Anduve silenciosamente hasta la ventana y la abrí para airear un poco la habitación.

Repetí mi llamada un par de veces sin el menor éxito. Me dije que si el individuo estaba durmiendo no iba a gustarle mi intromisión, pero entre unas cosas y otras había llegado a la conclusión de que tenía que aclarar las cosas aquella mañana, para saber a qué atenerme respecto a la que se me había presentado como hermana de nuestro cliente, así es que abrí la primera puerta a mi derecha con la esperanza de que fuera el dormitorio.

Me equivoqué; era una especie de estudio con un gran ventanal que comunicaba con una terraza. Había una librería bien surtida, una mesa llena de papeles y otra metálica sosteniendo una máquina de escribir.

Pero lo que me dejó clavado en el umbral fue el cuerpo tendido de bruces a un lado de la mesa grande. Había una gran mancha de sangre alrededor de su cabeza y no cabía duda de que estaba muerto.

Cuando recobré la facultad de pensar escruté lo que me rodeaba con la eficiencia adquirida tras larga práctica de mi oficio. Me fijé que el cadáver llevaba puesto todavía un *smoking* blanco, con la corbata de lazo perfectamente anudada y la pechera de la camisa adornada con pequeños brillantes. Tenía la mano derecha extendida a un lado, mientras la izquierda permanecía pegada al cuerpo. Un

revólver de pequeño calibre estaba tirado a unas pulgadas de su mano derecha.

Me acerqué al cuerpo pisando con infinito cuidado. Puede ver el pequeño orificio en su sien derecha. La izquierda descansaba en el suelo, de manera que me incliné y agarrándolo por los cabellos le levanté un poco la cabeza. La bala había salido por aquel lado y lo que había dejado a su paso no era agradable de ver precisamente.

Volví a dejarlo sintiendo un profundo vacío en el estomago. Nos habíamos quedado sin cliente, suponiendo que el muerto fuese Barton Lawery, cosa más que probable.

Y el condenado se había suicidado sin haber hablado conmigo ni una sola vez. Hasta cierto punto, aquello era un fracaso por mi parte.

De repente observé con más atención la ensangrentada cabeza. Un escalofrío comenzó a deslizarse por mi espalda paralizándome durante unos segundos. Había algo allí que no me gustaba, algo que descomponía el cuadro… Igual que un rompecabezas perfectamente montado pero una de cuyas piezas ha sido puesta al revés.

Tardé un buen rato en descifrar qué era lo que me intrigaba. La sangre que había manado del orificio de entrada de la bala se había deslizado por la mejilla hasta descomponerse en dos regueros; uno que seguía hacia la barbilla y otro que pasaba por entre las fosas nasales y el labio superior. Ambos habían formado el charco del suelo.

Todo eso estaba bien, era lo normal dada la posición de la cabeza. Pero lo desconcertante era la sangre seca que parecía haber corrido también por encima de la oreja hacia la nuca. Eso era imposible a menos que hubieran cambiado las leyes de la gravedad, de manera que ahí estaba. El cadáver había sido «arreglado».

Estuve unos buenos minutos pensando en eso. No me cupo duda de que al recibir el balazo, el cuerpo había caído de espaldas y la sangre había comenzado a deslizarse hacia la nuca. Después de esos primeros instantes, alguien se había tomado la molestia de colocar al fiambre en la postura en que yo lo había descubierto, de manera que la sangre cambiase de rumbo y todo hiciera pensar en un suicidio… incluso el revólver junto a la mano tendida…

Todo lo cual demostraba que me encontraba ante un asesinato.

Bueno; no era el primer crimen con que tropezaba en mi

pecadora vida, pero sí era el primero fuera de California y eso no dejaba de inquietarme.

Recordé la visita de Leila Lawery y me dije que ya no tendría que preocuparse por lo que su hermano pudiera tramar contra ella. También pensé muchas más cosas en aquellos breves momentos, mientras buscaba decisión suficiente para examinar los bolsillos del cadáver.

No encontré nada que ofreciera interés excepto la cartera. Gracias a las fotografías de los documentos personales del muerto comprobé que se trataba efectivamente de Barton Lawery. Contenía también una respetable suma en metálico, lo cual descartaba por completo toda idea de robo.

Abandoné el registro y empecé a pensar en largarme cuanto antes, pero en el mismo instante que me decidía logré verle la mano izquierda, apretada contra su costado, y algo que tenía en ella hizo que me inclinase vivamente.

Tuve que forzar sus dedos rígidos para arrancarle el pañuelito de encajes que tenía aprisionado en su garra. Me incorporé con él en la mano, la mirada fija en las iniciales ricamente bordadas en un ángulo: L. L.

Leila Lawery. No había duda que pertenecía a la hermana del muerto.

No me gustó nada semejante hallazgo, entre otras razones porque no podía pensar en Leila como asesina de su propio hermano.

Acabé guardándome el pañuelo en el bolsillo sin saber muy bien por qué. Después, y protegiéndome los dedos con el mío, examiné el revólver sólo para comprobar que había sido disparado recientemente y que uno de los cartuchos estaba vacío.

Con el arma en la mano estuve unos momentos pensando. Si mi corazonada sobre la inocencia de Leila era cierta, alguien había tratado de complicarla mediante el truco del pañuelo. Muy bien; si eso era así también era presumible que el asesino hubiera dejado otras pistas… y me expliqué entonces la anomalía de los distintos recorridos de la sangre, detalle que la policía no dejaría de advertir.

Lancé una especie de gruñido de disgusto, pero ya que estaba metido en el lío decidí seguir adelante hasta ver en qué paraba todo aquel embrollo que parecía girar alrededor de Leila Lawery, así es

que ya no dudé más y limpié cuidadosamente el revólver de toda posible huella. Cuando volví a depositarlo en el mismo lugar que ocupaba antes estaba seguro que nadie encontraría ni la sombra de una impresión dactilar en él.

Hecho esto, di un último vistazo a mi alrededor antes de marcharme. Recordé que había tocado la ventana de la salita y fui a limpiarla con cuidado, dejándola cerrada nuevamente.

Estaba todavía en la salita interior cuando un chasquido procedente de la entrada me paralizó. Escuché el girar de una llave, unos forcejeos y después silencio. Pero al instante hubo nuevos intentos en la cerradura, esta vez con más éxito. Tuve el tiempo justo de saltar tras un diván y acurrucarme allí antes que la cerradura cediera dejando el paso franco al intruso.

Resultó que eran dos los que habían forzado la entrada. Uno de ellos se apresuró a cerrar y el otro sacó la mano del bolsillo y pude ver que empuñaba una automática, aunque parecía no saber qué hacer con ella.

Sólo titubearon unos segundos antes de deslizarse hasta el centro de la sala, donde se detuvieron a menos de dos pasos de mi escondrijo.

El de la pistola gruñó:

—¿Crees que todavía estará durmiendo?

—Seguro —refunfuñó el otro—. Fíjate en esa botella y esos vasos. Debió agarrarla buena anoche.

—Tenía sus motivos. Perder diez de los grandes es para acabar con la serenidad de cualquiera…

Recordé con nostalgia mi vieja «Luger», guardaba en el fondo de la maleta, pero no sacaba nada con apurarme. De momento no me habían visto, ni era probable que me descubriesen. Tan pronto vieran el cuadro que había en el despacho saldrían de estampida.

Y no tardaron en descubrirlo. El de la pistola fue quién se asomó por la puerta abierta y lanzó una especie de balido inarticulado. Su compañero fue a reunirse con él apresuradamente.

—¿Qué sucede?

—¡Mira!

Miró y quedó clavado en el suelo. Jadeó, con la boca abierta por el asombro. Cuando recobró la voz gimió:

—¡Infiernos, la que nos ha caído!

—Bueno se pondrá el patrón —refunfuñó el de la pistola.

—¡El muy bastardo! Pegarse un tiro precisamente esta mañana…

—Tenemos que salir de aquí a toda velocidad, Dooley. Si nos pescan son capaces de cargarnos el fiambre.

—No seas imbécil. Se ha suicidado, ¿cómo quieres que nos carguen su muerte?

—Bueno, yo sé lo que me digo. Al patrón no le gustaría que alguien pudiera relacionarnos con esto. Vámonos.

Se encaminaron atropelladamente a la puerta, pero el llamado Dooley se detuvo en seco y exclamó:

—¡Eh, Semon, aguarda un minuto!

—¿Qué te pasa ahora? Vamos, larguémonos de aquí. Siento escalofríos solo con imaginar que…

—¿Y si ha dejado una nota para la policía, o para el juez? Los idiotas que se vuelan la sesera suelen hacerlo…

—¿Qué nos importa eso a nosotros? Vámonos, Dooley…

—¿Que qué nos importa? —bufó Dooley—. ¡Majadero! Supongamos que en su carta de despedida menciona los diez mil pavos y al patrón. ¿Qué me dices ahora?

El otro no dijo nada, paralizado de miedo. Pero Dooley poseía más serenidad y él fue quien volvió atrás, para reaparecer un par de minutos después sacudiendo la cabeza.

Yo estaba acariciando cierta idea. La cosa podía dar resultado o podía no darlo, pero valía la pena intentarlo. En aquel momento Dooley estaba diciendo:

—No hay nada… pero me parece muy raro todo esto, Semon…

—Está bien, larguémonos de aquí de una maldita vez. Ya me contarás lo que sea en el coche.

—Espera… ¿Y si no fuera un suicidio?

—¿Qué?

—Supón que alguien se lo ha cargado…

El tal Semon se quedó con la boca abierta. Por lo visto era lento de ideas, pero no así su compañero. Dooley refunfuñó:

—Si los periódicos declaran que se trata de un asesinato, el patrón es muy capaz de creer que nos hemos pasado de rosca y que le hemos dado el pasaporte…

—¿Nosotros? No temamos por qué hacerlo…

—¡Claro que no! Sólo debíamos haberle «ablandado» un poco.

Pero ya una vez se nos fue la mano y recuerda la que se armó…

Se quedaron silenciosos durante unos segundos. Aproveché para levantarme silenciosamente. El de la automática guardó el cañón en una funda axilar y encontró de nuevo la voz. Dijo:

—Ya discutiremos eso con el patrón. Me da grima ese fiambre.

Entonces intervine con voz calmosa.

—¿Por qué tanta prisa, camaradas? —pregunté. Giraron en redondo como impulsados por un resorte.

Sus desorbitados ojos parecían a punto de saltarles fuera de las órbitas. Me pareció que estaban tan asustados como sorprendidos de que yo no blandiese un cañón en cada mano.

Dooley tartajeó, atónito:

—¿Quién demonios es usted?

—Ésa es la pregunta que yo pensaba hacerles a ustedes.

El otro echó mano a la automática y me apuntó al estómago. Su mano temblaba.

—Te apuesto que es el tipo que se ha cargado a Lawery —dijo con un hilo de voz.

—No se pongan nerviosos, esa artillería no va a servirle de nada. En cuanto a haber matado a ese fulano de ahí dentro, tipo listo, ¿cuánto tiempo crees que lleva tieso?

Se miraron con cierta sorpresa. Después volvieron a dedicarme su atención.

—Levante las manos —ordenó Semon balanceando la pistola—. Y no mueva ni un dedo.

—No llevo armas, idiota. Si tuviera un revólver en mi poder ahora no levantarías la voz.

—Voy a comprobarlo —decidió el otro.

Dio un rodeo para no interferirse en la línea de tiro de su compinche y se colocó a mi espalda. Me registró con manos expertas y casi pude notar su desilusión.

—Ha dicho la verdad —gruñó.

—No importa. Entérate de quién es.

Se apoderó de mis documentos y los examinó. Creí que se echaba a llorar cuando exclamó:

—¡Un detective privado!

—¡No!

La exclamación del otro coincidió con el empujón de Dooley,

que me lanzó dando tumbos a mitad de la salita.

—Creo que vamos a tener que hacerle daño —anunció acercándose de nuevo a mí sin interponerse entre la pistola y yo—. ¿Qué buscaba aquí cuando hemos llegado?

—Tal vez lo mismo que ustedes.

—¿Cómo sabe lo que buscábamos nosotros?

—Demasiadas preguntas, matón. Ahora voy a hacerte una también… ¿Quién es el *patrón*?

Vi venir su puño justo a tiempo para esquivarlo, pero aproveché el impulso para simular que perdía pie y eso le engañó. Vino sobre mí para aprovechar su supuesta ventaja, pero se encontró con mi zapato incrustado en su barriga tan violentamente que salió volando hasta tropezar con el diván.

Lanzó un aullido agónico. El sofá rodó bajo su impulso y el tipo desapareció de mi vista al otro lado del mueble. Su jadeo parecía el de una locomotora subiendo una cuesta.

El otro titubeó antes de apretar el disparador. Seguramente pensó que un arma de aquel calibre retumbaría allí dentro como una bomba, atrayendo a todos los vecinos.

Aproveché para soltarle un puntapié cuando todavía estaba preguntándose qué debía hacer. Le acerté en la muñeca y la automática escapó de su mano y fue a rebotar contra la pared.

Pero era un tipo duro sin duda alguna. No tenía sesos y compensaba esa carencia con un exceso de músculos. Rugió como un toro enfurecido y se lanzó sobre mí ciegamente, blandiendo los puños como aspas de molino.

Le cacé con un *gancho* escalofriante. Otro en su lugar hubiera tenido suficiente para dormir un par de horas, pero él sólo trastabilló y escupió la sangre y algún diente que le había saltado. Tras esto volvió a la carga y esta vez tuvo más éxito. Encajé un golpe cerca del corazón y el mundo comenzó a girar a mi alrededor. Me encontré tumbado cerca de la pared sin saber cómo había llegado allí.

Pero no pude entretenerme mucho porque el gigantón venía otra vez a la carga como un búfalo enfurecido, barbotando obscenidades y escupiendo sangre como si tuviera una fuente en la boca.

Rodé sobre mí mismo para escapar a su embestida, pero me alcanzó con un puntapié en las costillas y el que aulló de dolor fui

yo. Sin embargo, perdió el equilibrio y necesitó apoyarse contra la pared para conservar la vertical, con lo cual me dio tiempo suficiente para incorporarme.

Vi al otro que empezaba a levantarse al otro lado del diván. Tenía las manos engarfiadas sobre la barriga y no parecía muy satisfecho de cómo iban las cosas.

El gorila llamado Semon se me acercó entonces con más precauciones. Debía haber aprendido la lección. Yo dije:

—No seas imbécil y llama a tu patrón. Tal vez quiera hablar conmigo.

—Cuentos —farfulló.

Y me largó un puñetazo que de haberme alcanzado en la cara me hubiera puesto las narices en la nuca. Pude esquivar y me agarré a su muñeca como una lapa, Era lo que había estado esperando.

Giré sobre mis pies y flexioné una pierna. Cuando él quiso darse cuenta de lo que sucedía se encontró volando por los aires como un pájaro. El golpe que dio contra la pared hizo temblar el resto del apartamento y cuando cayó al suelo, había perdido toda agresividad. En realidad, había dejado de interesarse por las cosas de este mundo.

Se me ocurrió que bien podía hacer lo mismo con el otro. Una vez dominados podría sacarles cuanto quisiera. Pero había esperado demasiado en decidir eso y Dooley pudo tomar la iniciativa. Ni siquiera llegué a volverme, porque algo terriblemente duro me machacó la nuca y caí de bruces igual que muerto. Un relámpago rojo estalló ante mis ojos y me impidió ver el suelo cuando subió en mi busca. Después, el relámpago se apagó tan súbitamente como había brillado y un nuevo mazazo me arrebató el último asomo de conciencia al sumergirme en un abismo de negrura, en el fondo del cual muy bien podía haber estado la muerte.

## CAPÍTULO IV

Comencé a flotar entre dos mundos sin experimentar sensación alguna, como si fuera algo que estuviera ocurriéndole a otro individuo al que yo pudiera ver desde cierta distancia, igual que si me hubiera desdoblado.

Duró una eternidad. Después, aquel otro tipo fue acercándose a mí hasta que penetró en mi interior haciendo de dos uno. Salí perdiendo con la reforma, porque inmediatamente me invadió una oleada de náuseas y algún salvaje barrenó mi nuca con un taladro neumático. No recordaba haber experimentado jamás un dolor tan agudo. Mi estómago empezó a dar saltos de camero agolpándose en la garganta. En aquellos instantes no sabía lo que me estaba sucediendo, sólo que me debatía en un infierno de dolor y que me habría sentido mucho mejor en caso de poder olvidarme del estómago.

Al fin conseguí moverme después de incontables intentos. Poco a poco recobré la noción de las cosas y me encontré gateando a cuatro manos cual un perro apaleado y famélico. Me pregunté qué demonios estaba haciendo allí.

Finalmente, como última etapa de mi calvario, recordé lo sucedido y casi me olvidé del dolor y de los tenaces empeños de mis entrañas para salirme por la boca. Estuve cierto tiempo mascullando en voz alta todo mi repertorio de maldiciones dedicadas a los dos pistoleros que me habían tumbado.

No experimenté ningún alivio después de eso, de manera que seguí demostrándome a mí mismo lo duro que era gateando hasta una silla, con cuya ayuda logré enderezarme. Tras semejante proeza busqué el cuarto de baño y mucho me temo que no quedó muy presentable de mi visita.

Más el estómago se aquietó y pude andar más o menos normalmente hasta el despacho donde estaba el cadáver del que

debía haber sido mi cliente.

Estaba exactamente como antes, pero los papeles de la mesa aparecían revueltos de mala manera. Aquello señalaba el paso de los dos gorilas por el apartamento.

Volví atrás y me detuvo un momento en el *hall para examinar mi rostro en un espejo. Tuve la impresión de que quien me miraba desde el cristal era un perfecto desconocido. No tenía muy buen aspecto, pero podía haber sido mucho peor.*

Abandoné el apartamento y llegué a la calle sin tropiezos. Un taxi providencial me llevó a mi hotel y durante todo el trayecto estuve recreándome con la idea de una buena ducha y un descanso en mi cama.

Seguía pensando en lo mismo cuando abrí la puerta de la habitación. No obstante, tan pronto penetré en mis dominios estas ideas se esfumaron como barridas por un huracán.

Ella estaba sentada en una butaca, fumaba un cigarrillo y estaba tan quieta y segura de sí que comencé a imaginar una excusa por haberme equivocado de habitación.

Era una mujer exquisitamente bella, con un remolino de cabello negrísimo enmarcando sus hermosas facciones. Sus ojos tenían un tono extraño y oscuro. Había una sombra de cansancio alrededor de ellos.

Se levantó sin prisas al verme y así pude apreciar la perfección de su figura, que cubría con un vestido veraniego carente de hombreras, con lo que dejaba al descubierto una considerable extensión de su anatomía. Su piel era suave y tostada por el ardiente sol de Florida.

—Será mejor que cierre la puerta —murmuró sin alterarse.

Obedecí y dejé resbalar mis ojos desde sus cabellos hasta los pies. Era difícil que una criatura humana pudiera alcanzar tal equilibrio de belleza a pesar de sus rotundas curvas.

—No creo que me haya equivocado de habitación —dije—. Lo poco que hay a la vista me pertenece.

Señalé una guía de líneas aéreas que había sobre la mesita, junto a la pequeña máquina de escribir portátil que sólo utilizaba para redactar los informes.

—Es su habitación, míster Bloch —runruneó, sentándose de nuevo.

Avancé hacia ella, todavía impresionado por su presencia.

—¿Cómo ha entrado aquí? —indagué con voz lastimosamente débil.

—Los botones aceptan propinas en los hoteles, míster Bloch. Los de éste no son una excepción.

—Ya veo. Ahora se impone otra pregunta de rutina. ¿Quién es usted?

—Margaret Brown.

Lo dijo como si eso fuera suficiente o lo explicase todo. Me quedé a oscuras, naturalmente. Entonces añadió:

—Mis amigos me llaman Maggy.

—*Okey*, Maggy. Ya que hemos hecho las presentaciones, siga hablando y dígame qué demonios hace aquí.

—He preferido esperarle en su habitación para que no me vieran hablando con usted.

—¿Para qué no la vieran quiénes?

Se encogió de hombros.

—Hay mucha gente que me conoce —respondió evasivamente —. ¿No va a invitarme a un trago, míster Bloch?

—Mire, llámeme Jim, es así como me llaman mis amigos —le sonreí y señalé la botella vacía—. En cuanto al trago tendré que pedirlo por teléfono.

Asintió con un gesto. Al estar más cerca de ella advertí que sus ojos tenían un extraño color violeta, profundo y hasta cierto punto inquietante.

Descolgué el aparato y pedí una botella, hielo y vasos limpios. Después me enfrenté nuevamente con mi visita.

—Puede empezar, Maggy —dije—. Soy todo oídos.

—Comprendo que le haya sorprendido mi presencia en su habitación, míster Bloch…

—Jim —le recordé.

—Sí, Jim; usted vino aquí contratado por Barton… por míster Lawery.

No fue una pregunta, ella sabía de qué estaba hablando.

—Ajá.

Me pregunté si también la hermosa dama me pediría que abandonara el caso…

—He venido a hablarle de él… de Barton.

—*Okey*, adelante.

—Vuélvase a Los Ángeles, Jim —de repente abandonó su actitud y me mostró la expresión real de la angustia que la dominaba—. No quiero que haga usted nada por él.

Agucé mi atención. Aquello era mucho más de lo que yo podía comprender de buenas a primeras.

—¿Por qué? —pregunté, disimulando mi desconcierto.

—Es cuanto puedo decirle… ¡Por favor, Jim! Olvídese de Barton Lawery.

—No es tan fácil, Maggy. Él depositó cierta cantidad para asegurarse nuestros servicios. Estamos ligados a míster Lawery por un compromiso formal.

No replicó inmediatamente. Permaneció casi un minuto con la cabeza baja, reflexionando y sin mirarme una sola vez. Finalmente suspiró y levantó la mirada. Una vez más admiré su belleza y casi me olvidé de pensar en otra cosa.

Ella susurró:

—Creo que será preferible hablar con sinceridad, Jim.

—Seguro.

—Si pudiera confiar en usted…

—No veo por qué no ha de poder. Siento especial debilidad por las muchachas tan lindas como usted. Siempre acabo haciendo lo que ellas quieren.

Esbozó una débil sonrisa, pero antes que pudiera reanudar el diálogo llamaron a la puerta y entró un camarero trayendo el pedido.

Esperamos que hubiera servido todo, tras descorchar la botella. Después cargó con los vasos sucios y la botella vacía y se marchó.

Entonces Maggy dijo de sopetón:

—Yo sé que Barton está muerto, Jim.

Pegué un respingo, y para ocultar mi asombro añadí hielo a los vasos y le entregué uno. No dije nada para instarla a seguir, sólo esperé a que bebiera un trago y entonces prosiguió:

—Sé que está muerto, y sé también el trato que tiene establecido. Lo más lógico es pensar que usted se marchará en vista de que se ha quedado sin cliente…

—¿Y bien?

—Puede tener la absurda idea de que debe ganarse ese dinero

antes de considerarlo suyo.

—¿Y cómo cree que pienso ganármelo?

—Es sólo una idea mía…

—Bueno, dígamela de todas maneras.

—Tal vez crea usted que es su deber buscar al matador de Barton.

—Y si fuera así…

—Quiero evitarlo.

—¿Porque, lo mató usted, Maggy?

Sacudió la cabeza de un lado a otro y me sonrió.

—No —dijo—. Alguien se me ha adelantado, pero lo cierto es que nunca pude reunir el valor necesario para hacerlo por mi propia mano. Era un… un monstruo.

—No dramatice, linda. Ésas no son razones suficientes para hacerme volver a casa con las manos vacías.

—Escuche, Jim; yo conocía muy bien a Barton. Era un miserable como no he visto otro. Quien quiera que lo ha matado le aseguro que merece la gratitud de infinidad de gente, yo a la cabeza. No quiero que sea molestado.

—Pero, bueno, Maggy, ¿qué tenía Lawery de malo?

—Todo.

—Con eso no me dice nada.

—No deseo hablar de ciertas cosas, son… repugnantes y su solo recuerdo me da náuseas. Pero le aseguro que…

La interrumpió el timbre del teléfono. Lo descolgué un tanto sorprendido y escuché la voz tensa de Leila Lawery.

—Buenos días —respondí—. Necesito verla con urgencia.

—También yo tengo algunas cosas que decirle —replicó apresuradamente—. Venga a mi casa y podremos hablar sin que nadie nos moleste.

—Perfecto. ¿Cuándo?

—Después de comer si le parece bien.

—De acuerdo, deme su dirección…

La anoté y tras despedirme colgué el teléfono. Al volverme hacia Maggy le solté suavemente:

—¿Sabe usted, linda? Acabo de hablar con una mujer que me ofreció un montón de dinero para que fuera de vacaciones en lugar de trabajar para míster Lawery.

—Lo creo. ¿Piensa regresar a Los Ángeles olvidándose de todo esto? Después de todo, usted cobró mil dólares…

—¿Quién se lo dijo?

—Barton, naturalmente.

—Por lo visto tenía una lengua muy suelta —refunfuñé.

—No de más rodeos, Jim. ¿Va a abandonar el caso?

—No.

Su rostro se contrajo en una mueca de disgusto. Después de una pausa suspiró y dijo:

—Tendré que contárselo todo. Tal vez eso le decida…

—Lo dudo, pero la escucharé con mucho gusto. Me gusta su voz, y me encanta mirarla.

—No es el momento oportuno para tomar las cosas a la ligera —me reprochó.

—*Okey*, cuénteme.

—Conocí a Barton hace algunos meses… casi un año. Yo trabajaba en el coro de una revista, en el club «Bahía de Oro», y él me sacó de allí con promesas de un trabajo mejor. Me prometió que con sus relaciones me convertiría en una auténtica estrella. Juró que iba a casarse conmigo… Fui lo bastante estúpida para creerlo sin darme cuenta que Barton era un demonio degenerado, toxicómano y brutal. El muy canalla sabía encubrir sus verdaderos instintos bajo una capa de educación y finura. Descendía de una gran familia y poseía ese don innato de la elegancia en el trato, pero en él eso no era nada más que un barniz.

—Hay muchos *hijos de papá* por ese estilo —comenté.

—Pero no son monstruos como Barton. Todos sus instintos estaban dominados por el sadismo.

—Incluso aceptando como cierto todo esto, Maggy, cosa que no hago todavía, usted podía haberse apartado de él si lo hubiese querido realmente. Éste es un país libre.

—Usted no conocía a Barton, Jim. Buceó en mi pasado cuando se dio cuenta que iba a separarme de él. Le dije claramente que se fuera al infierno, pero me amarró sólidamente. O seguía soportándole o…

—¿O qué?

—Haría que me metieran en la cárcel durante unos años. Descubrió lo único turbio de mi pasado y supo aprovecharse de ello.

—Ya veo. Siga.

—¿No tiene usted bastante todavía? Su muerte me ha liberado, a mí y a otras muchachas hundidas en el torbellino de depravación de ese demonio.

—Yo veo las cosas de otra manera, Maggy. No me gusta que maten a mis clientes casi en mis propias narices. Si eso llega a trascender será un descrédito para nuestra agencia. Nos ha costado años levantarla y crearnos un sólido prestigio.

—Cometerá una locura…

—Pero es absurdo —la atajé, impaciente—. Comprendo que odie usted hasta el nombre de Lawery, y, hasta cierto punto, estoy dispuesto a aceptar sus razonamientos para no querer que el criminal sea descubierto; después de todo, el odio obliga a hacer cosas inexplicables. Pero, sinceramente, Linda; ¿espera conseguir que la policía desista de perseguir al criminal?

Hizo una mueca despectiva y bebió casi todo su *whisky*. Después murmuró:

—Conozco a la policía de aquí… El escenario del crimen queda fuera de los límites de la ciudad, Jim.

—¿Y qué con eso?

—Serán los policías del condado quienes se encarguen del caso.

—¿Tan ineptos son?

—No sé si son ineptos o no, pero conozco al capitán Ryder. No pondrá demasiado empeño en su trabajo. Tratará de echarle tierra al asunto certificando suicidio… y evitándose quebraderos de cabeza.

—Tal vez esté en lo cierto, pero si es así casi me da un nuevo argumento para justificar mi actuación.

Me miró largamente con sus ojos cargados de reproche. Apuró su vaso y se levantó quedando ante mí, altiva, magnífica en su actitud tensa y desafiante.

—¿No hay nada que pueda hacerle cambiar de actitud, Jim? —susurró de manera extraña.

—Lo lamento, Maggy, yo…

—Está bien, pero antes de irme quiero demostrarle que he dicho la verdad al describir a ese engendro del infierno…

Se llevó las manos a la espalda y dio un brusco tirón a la cremallera del vestido. Quedé sin habla y tuve la disparada idea de

que se había trastocado y se disponía a desnudarse ante mis narices.

Pero me volvió la espalda al mismo tiempo que tiraba del vestido hacia adelante.

—¡Mire mi piel! —exclamó, excitada—. Ahí tiene la firma de su cliente…

Pude contemplar toda la extensión de su espalda hasta la curva de la cintura. Una serie de líneas de un color pardusco la cruzaban desde debajo de las paletillas hasta perderse dentro del vestido que todavía cubría sus firmes caderas. Un escalofrío me recorrió el cuerpo como una culebra de hielo.

No vi la magnífica belleza de aquel cuerpo, ni siquiera pude apreciar la tersura suave de su piel, lacerada por el castigo salvaje.

—¿Comprende ahora? —barbotó, al borde del llanto.

—¿Lawery? —pregunté con voz ronca.

—Sí.

Aquellas líneas cárdenas tenían un color vivo, como si fueran marcas recientes. Mecánicamente alargué la mano y deslicé los dedos por las heridas. Sentí una sacudida en todos mis miembros al imaginar lo sucedido.

—¿Con qué la pegó? —quise saber.

—Con una cinta de cuero… ¡Y se reía! ¿Comprende eso, Jim? ¡Se reía como un loco…!

Dejó de sostenerse el vestido y se volvió en redondo, mirándome con un desesperado desafío en sus pupilas que en aquellos instantes semejaban encendidas por un fuego de locura.

Yo dije suavemente:

—¿Fue por eso que le mataste, Maggy?

—No, Jim… Ojalá hubiera tenido valor suficiente para hacerlo al principio de ese suplicio…

—Cálmate…

Vertí más *whisky* en su vaso y ella lo bebió glotonamente. Mi garganta estaba tan seca como el desierto y bebí también todo el contenido sin respirar. El vestido se le había deslizado unas pulgadas más y achaqué a eso la sequedad de mi garganta.

De repente advirtió el desorden de sus ropas y se apresuró a remediarlo. Eso devolvió un poco de cordura a mi alborotada mente. Ella murmuró:

—El sadismo le había vuelto loco…

—No del todo. Los locos no emplean el chantaje para dominar a una mujer. Dime, pequeña; ¿tenía dinero Lawery?

—Sí, mucho dinero. Heredó una fortuna de su madre, al igual que su hermana. Me lo había restregado por las narices infinidad de veces, aunque no por eso trataba con respeto la memoria de la madre muerta.

Eso no encajaba con lo que Leila me había contado la noche anterior. Tendría que hacerle unas cuantas preguntas a la hermanita.

—Debes haber pasado muy malos ratos, Maggy —dije—. Es lamentable que eso haya sucedido, pero Lawery era nuestro cliente… Mi socio pondría el grito en el cielo si lo dejaba todo y regresaba en estas condiciones.

—No creas que no comprendo tu punto de vista, Jim. Ya no sé qué decirte más para convencerte. He sufrido tanto… deseaba morir o matarle cada vez que se acercaba a mí. Era espantoso…

—Lo creo.

Repentinamente alargó las manos y sujetó la mía entre sus dedos.

—De todas formas, gracias por escucharme —murmuró—. Nunca creí que fuera capaz de contarle todo eso a un desconocido, ni de mostrarle esas vergonzosas señales…

—No son vergonzosas, Maggy.

Me miró largamente. Apenas la oí cuando dijo:

—Una chica normal debería echarse a llorar ahora, pero yo no puedo. Eh… creo que ya no me quedan lágrimas con que hacerlo.

—Sé lo que quieres decir.

Esbozó una sonrisa, se empinó sobre las puntas de sus pies y sus labios subieron en busca de los míos. La besé y para ser un beso dado bajo aquellas condiciones no quedé mal del todo. Deseé repetirlo cuando ella se apartó.

—Dejo la decisión en tus manos, Jim —murmuró.

Recogió su bolso y antes de irse me dio una tarjeta con sus señas.

—Te veré antes de que me vaya —prometí con voz ronca.

—Sí, Jim; siempre que quieras. Me siento tan libre ahora…

Ya no dijo nada más, sin embargo, cuando ya había salido, dentro de mi mente seguían zumbando sus palabras y ante mis ojos

me parecía ver todavía su lacerada espalda.

Ahuyenté esos pensamientos para concentrarme en otros más agradables y lo conseguí. En realidad, no fue nada difícil…

Era tan hermosa…

# CAPÍTULO IV

Leila Lawery habitaba un *bungalow* muy cerca de la playa. El rumor de la olas llegaba perfectamente hasta allí turbando el silencio de un lugar hecho para el descanso y la vida muelle. No obstante, a pesar de la proximidad del mar, había una gran piscina a un lado de la casa. La muchacha debía tener dinero de sobra para poseer semejante propiedad.

Me abrió la puerta ella misma y me invitó a pasar con gestos carentes de amabilidad. Me pareció en guardia y con los nervios tensos. Era muy distinta de la asustada muchacha que había llorado en mis brazos la noche anterior.

—Siéntese —murmuró después de guiarme al interior—. ¿Querrá beber algo, míster Bloch, un *whisky* tal vez?

—Sí, gracias. Sin agua, por favor.

—Como guste.

Me dio la espalda y dedicóse a preparar mi bebida. Comencé a poner en práctica mi idea y le dije:

—Anoche no me trataba con tanto ceremonial, Leila. Estaba escanciando el *whisky* en el vaso y la botella tintineó contra el cristal. Tardó demasiado en volverse después de mi comentario.

—Anoche —dijo con voz débil—, estaba muy trastornada.

—¿Por el asesinato de su hermano?

Encajó muy mal la noticia. El vaso se deslizó de entre sus dedos y se hizo añicos contra el suelo, por dónde se esparció el *whisky*. Ni siquiera pareció darse cuenta.

—¿Qué ha dicho? —balbuceó.

—No me salga ahora con una mala representación, Leila. Cuando vino a verme sabía perfectamente que su hermano estaba muerto.

—¡Pero se suicidó! —exclamó con vehemencia—. Y usted dice que… que fue asesinado…

—Lo del suicidio no es más que una pantalla muy burda. ¿Cómo supo que estaba muerto, Leila? ¿Fue usted a su apartamento?

No hizo caso a mi pregunta ni habló durante unos segundos. Cuando consiguió controlar su voz murmuró:

—¿Por qué está tan seguro de que fue asesinado, míster Bloch?

—He estado en el apartamento de su hermano esta mañana. Un ligero examen del cuadro es suficiente para darse cuenta de que ha sido amañado. La policía se dará cuenta en cuanto le eche la vista encima.

—No puedo creerlo…

—¿Lo mató usted, Leila?

Se irguió, furiosa.

—¿Cómo puede pensar semejante cosa de mí?

—Usted me mintió anoche. Me contó una sarta de embustes y yo fui lo bastante idiota para creerla entonces. Pero las cosas han cambiado.

Me volvió la espalda, incapaz de aguantar mi andanada, y anduvo unos pasos hasta colocarse al lado del mueble bar. Tuvo que apoyarse en él para mantenerse erguida.

—Yo… yo no lo maté, míster Bloch —susurró.

De eso yo estaba casi seguro gracias al pañuelo acusador que le había quitado al cadáver. De todas formas, necesitaba asustarla para derribar su resistencia y hacer que hablase claro.

—Tal vez no —dije—, pero la única beneficiaría con la muerte de Barton Lawery es usted. Y no vuelva a contarme la fábula de que él no tenía dinero y todo lo demás, niña, o tendré que darle unos azotes donde más le duelan. Barton tenía dinero suficiente para vivir bien y pagarse sus sucios pasatiempos, parte del juego. Él heredó una parte de la fortuna de su madre lo mismo que usted, ¿no es cierto eso, Leila?

Asintió con un gesto.

—¿Por qué me mintió anoche?

—Estaba alterada… Pensé que sería una buena excusa para que usted desistiera de entrevistarse con él.

—¿Cómo supo que Barton estaba muerto?

—Quise verle para discutir unos asuntos relativos al testamento de mamá… Fui al apartamento y… y lo encontré muerto. Creí que se trataba de un suicidio…

—Se equivocó, como se ha equivocado en muchas otras cosas. Y ahora creo que ya es hora de que me diga, por qué no quería que me entrevistase con su hermano.

—No puedo decírselo… no se lo diré, míster Bloch. Nunca.

—Como quiera, pero usted misma mete la cabeza en una trampa al rechazar mi ayuda. Usted está también en peligro, ¿lo sabía?

Quiso soltar una risita burlona, pero fracasó de manera lastimosa. Luego masculló:

—No diga tonterías…

Por toda respuesta saqué el pañuelito de encajes y se lo mostré.

—Creo que ésa chuchería le pertenece, ¿no es cierto, Leila?

Ni siquiera tuvo que pensarlo.

—Sí.

—¿Dónde lo tenía?

—Cualquiera sabe, esos pañuelos suelen aparecer en los lugares más inesperados.

—Muy cierto; por ejemplo, en la mano de un hombre asesinado.

Su naciente serenidad se fue al diablo una vez más y se tambaleó, a punto de caer como una muñeca.

—¡No es cierto! —gimió—. ¡Dígame que miente… trata de asustarme!

—Baje de las nubes, muchacha. Estoy diciéndole la verdad. Barton tenía este pañuelo hecho una bola en su mano izquierda. ¿Comprende ahora por qué corre usted peligro también?

Fue tambaleándose hasta una butaca y allí se hundió como si no le quedaran fuerzas. Me acerqué a ella y cambié de táctica. Eso siempre desconcierta y había que probarlo.

—He sabido detalles de la vida de su hermano, Leila. Creo que mucha gente deseaba verlo muerto y sólo les faltaba encontrar el valor suficiente para hacerlo… Uno de ellos lo encontró y Barton recibió un plomo en los sesos. Ahora bien, ¿por qué ese alguien quiere complicarla a usted en el crimen, qué puede ganar con ello?

—No lo sé… ¡Dios, no puedo pensar! —estalló, cubriéndose la cara con las manos. Estaba temblando.

—Si cree que con un ataque de histeria se zafará de ese embrollo empiece a cambiar de idea, linda. Alguien puso el pañuelo en la mano de Barton una vez muerto. Y hay algo más todavía, ¿se fijó en el revólver que había en el suelo?

Asintió con un gesto, pero no pudo hablar.

—Muy bien, trate de recordar si lo reconoció, y si es así dígame si lo tocó usted alguna vez.

Poco a poco, levantó la cara y me miró con ojos desorbitados. Creí que había llegado al límite de su resistencia. Intentó responder, pero la voz le falló. Sólo pudo gemir:

—¡Sí…!

—Sí, ¿qué?

—Habíamos tirado al blanco en la playa… muchas veces…

—¿Con aquel revólver?

—Sí. ¿Quiere decir que mis huellas dactilares estarán en él?

—No, pero apuesto que sí estaban antes de mi visita al apartamento de Barton. Creo que la policía tendrá un buen dolor de cabeza con este caso.

Desconcertada, me miró y de repente pareció comprender.

—¿Las borró usted? —preguntó con un hilo de voz.

—Limpié el revólver. Imaginé que si alguien había dispuesto el escenario para que pareciese un suicidio trucado, dejando suficientes pistas para que saltara a la vista que se trataba de un crimen, lo habría hecho con la exclusiva idea de cargar a otro con el asesinato. Al encontrar el pañuelo con sus iniciales creí comprender a quién se trataba de comprometer. Y ahora me doy cuenta de que obré acertadamente.

—Es horrible…

—Podía haber sido peor. ¿Sabe si la policía ha descubierto el cuerpo?

—Sí. La mujer que limpiaba el apartamento lo ha encontrado. Han estado aquí haciéndome preguntas… por eso le he llamado a usted.

—¿Qué quería saber la policía?

—Bueno… detalles de la vida de mi hermano.

—¿Qué les ha contado usted?

—¡La verdad… o casi la verdad!, que Barton perdía grandes sumas en el juego, que era vicioso, pero no les he dicho que también era adicto a las drogas.

—Qué angelito… ¿Morfina?

—Heroína, creo.

—¿Le han dado la sensación de que pensaban en un crimen?

—No; se han referido a la muerte de Barton como suicidio…

—Ajá, ya lo sospechaba. Si fracasan y no pueden descubrir al culpable lo declararán suicidio. Se guardan ese triunfo en la manga.

Reinó una pausa, un largo silencio mientras yo trataba de ordenar la multitud de ideas que danzaban en mi cerebro.

Ella lo rompió súbitamente.

—¿Va *a* regresar usted a Los Ángeles?

—¿Eh? Oh, bueno, me he quedado sin cliente. Creo que volveré a casa si alguien no me contrata antes.

—¿Quién va a contratarle? Nadie le conoce aquí…

—Usted podría hacerlo, Leila —le solté de repente—. Recuerde que alguien pretende complicarla en un crimen… puede necesitar mi protección.

—No la necesito. Quizá todo eso fue pura casualidad. El pañuelo podía encontrarse en el apartamento de Barton, olvidado por mí en alguna ocasión anterior.

—Como quiera, quien se arriesga es usted.

No pudo ocultar un suspiro de alivio. No obstante, todavía le pregunté cuando menos podía esperarlo:

—¿Dónde murió su madre, Leila?

—En Los Ángeles, vivíamos allí hace unos años. ¿Por qué lo pregunta?

—Simple curiosidad. Creo que por lo que a mí respecta el asunto está terminado.

Ella no pronunció una palabra, pero no pudo ocultar un largo suspiro de alivio. Decididamente, no le agradaba nada mi intervención.

Me acompañó a la puerta como si tuviera mucha prisa por perderme de vista. Antes de despedimos murmuró, tal vez para suavizar su apresuramiento:

—Quizá volvamos a vernos alguna vez… recordaré su presencia aquí con agrado, míster Bloch.

—Siempre es un consuelo —dijo entre dientes.

Estreché su mano y ella abrió la puerta.

—Adiós —sonrió forzadamente al cederme el paso para que saliera.

—¿Dónde solía jugar su hermano?

Mi pregunta la tomó totalmente desprevenida y respondió:

—En el «Rancho Pintado». ¿Por qué lo quiere saber? —Por nada en concreto, solamente sentía curiosidad por saber dónde se juega aquí. Espero verla alguna vez, linda.

Ella cerró la puerta y yo anduve hacia la calle a través del jardín, bordeando la piscina.

Llamé al primer taxi que encontré y me hice conducir al hotel. No era exacto que me propusiera abandonar el caso sin más ni más. Todavía tenía la esperanza de sacar algunos beneficios antes de regresar a Los Ángeles, aunque debía comunicar con mi socio cuanto antes.

Lo hice desde el hotel, después de pedir comunicación a larga distancia. La voz de Norman Cassidy me llegó debilitada.

—¿Cuánto dinero llevas gastado, camarada? —Fue lo primero que quiso saber.

—Más de la cuenta —dije—. Esto se ha complicado, Norman. Nuestro cliente ha muerto.

—¡Caray, que mala pata! ¿Cómo ha sido eso?

Le conté a grandes rasgos tal como estaban las cosas. De vez en cuando me interrumpía con una sarta de exclamaciones y gruñidos, tal como tenía por costumbre. Sólo cuando terminé explotó.

—¡Maldito sea, Jim! Si lo que acabas de contarme es cierto no me explico qué demonios estás haciendo ahí todavía. No puedes perder el tiempo y el dinero como si estuvieses de vacaciones.

—No creo que esté perdiendo el tiempo, todo lo que trato de hacer es agarrarme a otro cliente que suelte la *pasta*. Sin embargo, necesito que hagas algo por tu parte.

—¿Estás seguro que conseguirás más dinero?

—Estoy intentándolo por lo menos. ¿Qué es lo que te preocupa, es que estamos arruinados acaso?

—Te conozco, Jim —gruñó, sin hacer caso de mi sarcasmo—. Eres capaz de trabajar gratis si hay faldas por en medio. Será mejor que vuelvas aquí cuanto antes. Hay mucho trabajo, ¿sabes?

—Estás desperdiciando el tiempo de esta conferencia. Toma nota de lo que voy a decirte y mándame la respuesta al hotel tan pronto la tengas…

—*Okey*, ya veo que no conseguiré nada, dispara ya.

—No sé en qué fecha murió en Los Ángeles una mujer llamada Lawery, por lo menos ése debía ser su nombre de casada. Necesito

que averigües cuándo y dónde murió y quién se encargó de legalizar el testamento. Procúrate una copia del mismo y mándamela por avión inmediatamente…

—¿Una copia del testamento?

—Eso he dicho.

—Espero que sepas lo que estás haciendo y encuentres alguien dispuesto a correr con los gastos por lo menos. Pero te mandaré eso tan pronto lo tenga. Esa mujer que murió, ¿era la madre de nuestro cliente?

—Sí.

—Ya veo… Ten cuidado con lo que despilfarras. ¡Y no te metas en líos de faldas como de costumbre!

—Olvídalo, puritano. Estoy plenamente dedicado al trabajo.

—Me gustaría estar seguro de eso.

Colgué antes que siguiera soltándome sus consejos y recomendaciones. Norman era el puritano de la firma, y tan tacaño como un judío de la vieja estirpe, pero también era un detective extraordinario y activo. Una cosa compensaba la otra.

Encendí un cigarrillo y anduve de un lado a otro reflexionando a toda presión. Cuando me cansé me tumbé en la cama y seguí pensando.

De entre el aluvión de ideas sin aparente ligazón entresaqué algunas que tal vez pudieran serme útiles. Después de todo, el dinero es el dinero.

Y Barton Lawery había perdido diez mil *machacantes* en el juego, una pequeña fortuna. Si los había perdido en el «Rancho Pintado» me dije que en ningún lugar podría dirigirme más idóneo para sacar dinero…

Pero había que esperar a la noche y seguí fumando un buen rato antes de decidirme a salir.

Decididamente, el «Rancho Pintado» debía hacer buenos negocios…

## CAPÍTULO V

El «Rancho Pintado» era uno más de esos *cabarets* establecidos en las afueras de toda población importante dedicada a sacarles los cuartos a los turistas. Estaba enclavado en medio de un extenso parque bien cuidado, con luces disimuladas entre la espesura, dándole un aspecto fantasmal a cada tronco de árbol.

El edificio en sí no tenía nada de particular excepto su tamaño. Era de dos pisos, más su extensión superaba en mucho lo que cabía suponer en un local de aquella clase.

Nadie me impidió la entrada ni pareció escandalizarse lo más mínimo cuando pedí hablar con el propietario. Me informaron que se llamaba Mike Fell y, tras hacerme esperar en el bar el tiempo de preguntarle si quería recibirle, me introdujeron en una oficina decorada con un gusto más que discutible, aunque resultaba muy espectacular.

—Entre y siéntese —invitó el hombre sentado al otro lado de la mesa.

Disimulé mi estupor ante su volumen. Era una verdadera bola grasa fofa y oscilante que amenazaba con desparramarse fuera del asiento. Las papadas que colgaban en su cuello semejaban formar parte de una unidad independiente y se movían como seres vivos al menor movimiento que hiciera el tahúr.

Fui a sentarme frente a él, ante la mesa. Pude observar que tenía una boca pequeña y de labios delgados y crueles. Sus ojos eran también pequeños, casi perdidos en el mar de grasa que era su cara, pero resultaban extraordinariamente vivos si uno se fijaba en ellos.

—No creo que nos hayamos visto antes —comentó, mirándome tan fijo que me pregunté si podría leer mis pensamientos.

—Ésta es la primera vez —dije—. Mi nombre es Bloch, Jim Bloch.

—Tampoco recuerdo su nombre. ¿Para qué deseaba verme,

míster Bloch?

Me dije que con un tipo semejante no valdrían rodeos ni sutilezas, de manera que decidí ir directamente al grano.

—Hay algo que nos relaciona a usted y a mí, Fell —empecé, observándole como un halcón—. Tuve un tropiezo con sus dos esbirros en el apartamento de Lawery. Creo que salieron un tanto apresuradamente.

Toda aquella montaña de grasa se estremeció al moverse para inclinar el busto sobre la mesa.

—Así que fue usted —gruñó.

No me pareció muy disgustado. Más bien daba la impresión de estar sorprendido. Pero su exclamación me demostró que yo había acertado en mis suposiciones.

—Tienen unos *torpedos* con serrín en lugar de sesos. Además, no me parece un buen sistema recurrir al crimen para cobrar una deuda de juego, aunque sea de diez billetes grandes.

—Usted está chiflado, Bloch —comentó como si sintiera lástima por mi estado—. No sabe de lo que está hablando.

—Barton Lawery le debía a usted diez mil dólares, que había perdido en sus mesas de juego. ¿Es así o no?

—Exacto. Y me los debe todavía. Ahora cuénteme qué pito toca usted en este concierto o mando echarlo de aquí a patadas. Me molesta su manera de comportarse.

—Puedo ser mucho más molesto todavía si me obliga a ello.

—Seguro… fíjese que ya estoy temblando… ¿Qué había entre usted y Lawery?

—Él me contrató. Necesitaba un detective privado. Y debía tratarse de un asunto importante desde el momento que se trajo un detective de Los Ángeles.

—¿Por qué haría eso? Aquí también hay fisgones tan buenos como usted.

—Sin duda, pero es posible que Lawery tuviera miedo que los de aquí se dejasen influenciar por alguien lo bastante poderoso. O quizá creyó que, conociéndole como le conocían, se negasen a trabajar para él.

—Eso me parece lo más probable. Pero sigue sin aclararme qué tiene que *ver* todo eso conmigo.

—Fueron sus hombres los que se presentaron en el apartamento

de Barton Lawery con la pistola en la mano. Y fueron ellos quienes me sacudieron el polvo. Eso le hace a usted interesante para mí.

—Tiene usted un alto sentido del humor, Bloch. Uno de mis dos muchachos tiene el cuello casi roto. Habrá de llevar un aparato especial durante meses para sostenerle la cabeza inmóvil…

—Yo no le hice nada de eso —afirmé.

—Lo arrojó volando por los aires según me han contado y fue a estrellarse de cabeza contra la pared. No. ¿No es cierto?

—Bueno, algo así sucedió, pero…

—Ajá, ahí tiene. Pero no pienso pedirle cuentas de semejante estropicio. Ellos saben a lo que se exponen y por eso cobran. Lo que no le permitiré, Bloch, es que me complique la vida en ningún sentido. Yo no he tenido nada que ver con su muerte.

—Usted es quien lo dice, Fell…

—Pero, hombre, Bloch, no sea estúpido —me espetó sin alterarse—. ¿No comprende que con su muerte pierdo diez mil dólares? Me interesaba vivo, por eso le mandé a mis muchachos, para refrescarle la memoria. Estaba agotándose el plazo del pago y el tipo no se dejaba ver.

—Eso era digno de tenerse en cuenta. Era muy cierto que Lawery muerto no le servía de nada a Fell, pues con él se esfumaba la deuda. No podía reclamarla por vía legal ni de ninguna otra manera.

Cambié de rumbo y le solté inesperadamente:

—¿Conoce a la hermana de Lawery?

Achicó los ojillos escrutadoramente.

—¿Cree que ella tiene algo que ver con el asunto?

—No lo sé.

—Bah, olvídelo. Es demasiado puritana para mezclarse en esta clase de asuntos.

No me parecía muy puritana precisamente, pero no lo dije. En lugar de eso insistió:

—¿La conoce o no?

—La he visto un par de veces. Es muy bonita, ¿eh? Aunque tiene muy mal carácter.

—¿Cómo lo sabe?

—Lawery no se cansaba de repetirlo. Ella estaba empeñada en que dejase de jugar. Tenía tanto interés que parecía la dueña del

dinero que Barton gastaba.

—Sin embargo, no se llevaban bien entre ellos…

—Oiga usted, pesquisa, ¿quién le paga para que moleste a la gente en un asunto como éste?

—Lawery pagó una parte por adelantado. En cuanto al resto, alguien tendrá que pagar.

—Ella heredará ahora, ¿no es cierto? Tal vez quiera recompensarle sus desvelos.

Se echó a reír y sus papadas saltaron como si fueran a caer sobre la mesa. No me gustó su sentido del humor. Sin embargo, no tenía por dónde agarrarlo y él lo sabía tan bien como yo.

Me levanté y, antes de despedirme, dije:

—Volveremos a vernos, Fell. Quiero asegurarme de unas cuantas cosas antes de abandonar esta ciudad.

—¿De veras quiere descubrir al que mató a Lawery?

Me desconcertó un poco su pregunta.

—No es que tenga demasiado interés —reconocí—, pero me pone furioso que alguien liquide a un cliente mío cuando estoy trabajando para él.

—Había infinidad de gente que deseaba arrancarle la piel a su cliente, Bloch… Pero me resulta usted simpático, lo crea o no.

—¡No me diga!

—Así es; además, y aunque parezca paradójico, me molesta verle rondar a mi alrededor a causa de un crimen. Creo que voy a darle algo que le ayudará.

—Es usted una fuente de sorpresas, Fell —reconocí, desconcertado—. Me gustaría saber qué está tramando, pero temo que eso me llevaría demasiado tiempo. Siga hablando.

—Busque a un tipo llamado Mitch Harrigan —soltó una risita tan falsa como una moneda de a dólar y medio y añadió—: Vive en Crompton Street, en el número once, creo.

—¿Quién es ése?

—Lo verá por usted mismo. No mencione mi nombre para nada si va a verlo. No me gustan las complicaciones.

—Seguro que no. Es usted un tipo pacífico, ¿eh?

—Mucho. Y ahora lárguese, Bloch. A pequeñas dosis puede soportársele, pero demasiado marea. Y no vuelva por aquí.

—Tal vez se me ocurra algo más para preguntarle —dije,

encaminándose a la puerta.

—No me encontrará. Pienso salir esta noche a dar una vuelta con mi yate. Unos días de reposo me sentará bien.

Se echó a reír como sí hubiera contado algún chiste. Seguía riéndose cuando cerré la puerta del despacho a mis espaldas.

Reflexioné que tal vez estaba portándome como un tordo. Hasta el momento, todos los relacionados con el muerto se me habían pasado de uno a otro como un balón. Comencé a pensar si no hubiera sido preferible emplear otras tácticas más bruscas al hacerles las preguntas. Aunque, si uno se detenía a pensar en ello, todavía estaba a tiempo de rectificar.

Un taxi me llevó a Crompton Street. Seguía preguntándome la razón por la cual un fullero como Fell se había molestado en proporcionarme esa oportunidad. El coche se detuvo al final del recorrido sin que yo hubiera podido hallar una respuesta a semejante pregunta.

El tal Mitch Harrigan era un hombre de unos treinta y tantos años, aunque al verlo uno podía creer que tenía diez o quince más. Estaba hecho una verdadera ruina a punto de desmoronarse gracias al alcohol. Sus turbios ojos parecían muertos y le costaba enormes esfuerzos poder enfocarlos.

Tanto él como su apartamento apestaban a *whisky* rancio con tanta intensidad que daban náuseas.

—Bueno, ¿qué quiere? —barbotó, sentándose en el borde de la cama.

Había una mesita al lado sobre la que esperaba una botella en la que apenas si quedaban dos dedos de licor. La agarró con dedos torpes y apuró el resto de *whisky* hasta la última gota. Tras esto volvió a dejarla y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Se acabó —dije—. Tendrá que salir a por más.

—¿A usted qué le importa? Diga lo que sea y lárguese.

—Va a ser usted quien hable, compañero —le espeté—. Quiero que me cuente una serie de cosas importantes y después es posible que le deje en paz.

Me miró con sus ojos turbios y se rascó el cogote. Había una expresión perpleja en su cara sin afeitar. Llevaba una barba de cuatro o cinco días por lo menos.

—Un matón, ¿eh? —farfulló.

—Y más duro de lo que puedes suponer. Vamos al grano, piltrafa; alguien me ha dicho que tú podrías contarme ciertos detalles sobre Barton Lawery, así que empieza a hablar y no te detengas hasta que lo hayas soltado todo.

Se levantó mucho más rápidamente de lo que cabía esperar de un borracho. Todo él temblaba de excitación.

—¡Lawery! —resopló.

Asentí con un gesto. Cerró un instante los ojos y sacudió la cabeza como si quisiera ahuyentar una pesadilla. Después de eso, saltó sobre mí como un gato montés y su puño me cazó de lleno en un lado del cuello.

Afortunadamente, un hombre en su estado carece de fuerza suficiente para respaldar un puñetazo semejante, mas, así y todo, trastabillé ahogando un juramento.

El tipo se envalentonó con su éxito momentáneo, de manera que se lanzó a un nuevo ataque. Sin embargo, yo ya tenía suficiente con un golpe y estaba poniéndome furioso. Le paré con un golpe corto que le vació los pulmones de todo vestigio de aire. Se detuvo, jadeando y boqueando igual que un pez fuera del agua, con la boca abierta. Se la cerré de un zurdazo que casi lo levantó del suelo tirándolo sobre la revuelta cama.

Eso fue demasiado para su estado. Comenzó a sufrir tremendas convulsiones y al final casi se arrastró hacia una puerta que comunicaba con el cuarto de baño.

Le di tiempo y mientras aguardaba eché un vistazo por la habitación. Había suciedad acumulada durante meses en todos los rincones. Trozos de periódicos alfombraban el suelo y algunas prendas de ropa sucia colgaban del respaldo de una silla. Todo olía a diablos.

Cuando volvió iba dando traspiés y no se detuvo ni para mirarme; fue directo a la cama y se dejó caer sobre ella.

—Lárguese, bastardo —resopló con voz débil.

—No pienso hacerlo todavía. Vamos, ¿qué había entre tú y Lawery?

Me había acercado a él dispuesto a zarandearlo un poco, pero otra vez me demostró que no podía confiarme. Disparó la pierna y su zapato se incrustó en mi vientre tirándome de espaldas con un tremendo dolor en mis entrañas.

Tardé unos segundos en levantarme. Él estaba haciendo lo mismo, pero no consiguió ponerse de pie porque caí sobre él como una tromba. Le sacudí sistemáticamente, cansado de sus tretas. Comenzó a gemir y trató de cubrirse, pero antes que pudiera conseguirlo cayó hacia atrás y quedó inerte, atravesado en el lecho y respirando entrecortadamente.

Acaricié mis nudillos y me incliné sobre él. Pude comprobar que tardaría un rato en volver a moverse, de manera que me dediqué sin demora a registrar lo poco que había allí dentro, aunque no fue hasta que inspeccioné los cajones de una pequeña mesa adosada a la pared que encontré lo único interesante.

En primer lugar, había una fotografía tamaño postal en la cual una muchacha de unos dieciocho años sonreía con toda la alegría de su juventud. Era exquisitamente bonita y delicada y poseía unos ojos luminosos y picaros. No parecía una pareja adecuada a la ruina de hombre que jadeaba en la cama.

Después de examinar la fotografía saqué unos sobres del fondo del cajón. Estaban sucios y manoseados hasta el extremo de que en algunas partes el papel se había desgarrado por el desgaste. Cada uno de los tres envoltorios contenía una hoja de papel. Las saqué y consulté las fechas, colocándolas por orden.

Todas llevaban un cariñoso encabezamiento dirigido al hermano, y la firma era sencillamente *Dolly*.

Era sorprendente que una chiquilla tan linda pudiera, ser hermana de un bruto alcohólico como aquél. Leí la primera de las misivas.

Dolly le contaba a su hermano que al fin había encontrado un trabajo que pronto le daría suficiente dinero para alquilar una casa, en la que podrían vivir los dos. Formulaba unos comentarios sobre el lujo que imperaba en Daytona Beach y se despedía efusivamente.

Consulté los sobres. Iban dirigidos a Harrigan, pero las señas eran de un pueblo llamado Live Oak.

La segunda era todavía más optimista e ilusionada. La muchacha repetía lo fácil y agradable que era su trabajo y lo bien que se portaba con ella el «caballero» que la había ayudado a conseguir aquel empleo. Dedicaba cálidos elogios al «caballero» por su gentileza y bondad, y terminaba diciendo que en su próxima carta le contaría detalles de una excursión a que había sido invitada, una

excursión a la que concurrirían personas de categoría, además del «caballero».

Todo aquello no tenía la menor importancia para mí. Una chica que abandona su pueblo en busca de mejor suerte, y cuando la encuentra facilita el traslado de su hermano. Tuve la impresión de estar perdiendo el tiempo.

Fue al disponerme a leer la tercera que el fulano recobró el movimiento. Rugió en la cama y se levantó cómo pudo, los dedos engarfiados como garras y una mirada homicida en sus velados ojos.

En el primer instante me asustó su aspecto, pero al ver cómo vacilaba sobre sus piernas me tranquilicé.

—¿No tienes bastante todavía? —refunfuñé, dejando la carta sobre la mesa.

—¡No las toque! —rugió, con un furor desproporcionado—. ¡No las toque con sus sucias manos!

—¿Te refieres a las cartas? Sólo quiero leerlas, después seguiremos hablando.

—Hijo de perra… las mancha sólo con tocarlas…

—¿Estás loco o qué, Harrigan?

Se detuvo a dos pasos de mí, un poco inclinado hacia adelante y con las manos engarfiadas. La expresión demencial de su cara daba escalofríos.

—Le mataré —farfulló con voz apenas audible.

—No voy a quitarte tus cartas, estúpido, de manera que no vuelvas a las andadas o te haré daño de verdad.

Pareció que reflexionaba sobre eso. Los golpes recibidos debían dolerle todavía y creí que optaría por volverse a la cama. Pero entonces vio la fotografía que había sacado del cajón y pareció sufrir un ataque.

Tuve el tiempo justo de esquivar sus garras y le asesté un golpe en la nuca cuando pasó junto a mí. Cayó de cara sobre la mesa, aullando de dolor, y se revolvió coma una fiera dispuesto a hacerme pedazos.

Bueno, pensé que el juego ya había durado bastante y le hundí el puño en el cuello sin piedad alguna. Sabía bien que si él lograba agarrarme en aquellos momentos, mientras estaba bajo aquella especie de ataque, yo lo pasaría muy mal.

Boqueó y resopló en busca de aire, pero éste se negó a pasar por su garganta y cayó de rodillas en el instante justo en que le sacudía con la derecha de abajo arriba. El puñetazo le cazó en la punta del mentón y lo incorporó de golpe para lanzarlo de espaldas como disparado por una catapulta.

Quedó en el suelo desmadejado como un muñeco de trapo. Su respiración jadeante silbaba estruendosamente ése fue el único sonido que emitió durante un buen rato.

Aproveché para leer la tercera de las cartas. En ella ya no había el menor asomo de la alegría que habían reflejado las otras dos. La muchacha confesaba que se encontraba en un aprieto. Decía sin rodeos y sin ocultar su amargura que estaba dispuesta a abandonar la ciudad y regresar inmediatamente al pueblo. Tampoco el «caballero» era ya el dechado de perfecciones que ella había descrito, y, aunque no explicaba las causas de su desensaño, no se necesitaba ser ningún lince para comprender que era precisamente a causa del tal «caballero» que adoptaba aquella decisión. Antes de la despedida de costumbre anotaba que al día siguiente tomaría el autobús y dejaba traslucir que estaba asustada.

Estuve unos minutos con la carta en la mano, absorto. Me pregunté qué relación podrían tener aquellas cartas con lo que me había llevado a aquel sucio lugar.

Al fin, la dejé junto a las otras y me volví. El borracho comenzaba a dar señales de vida.

Busqué un cigarrillo, lo encendí y esperé que el pobre tipo estuviera en condiciones de hablar. Contemplé *sus* esfuerzos para sentarse en el suelo, cosa que consiguió al fin, y desde su postura levantó la cabeza parpadeando. Cuando pudo enfocar su mirada resopló de furia contenida. Lástima que el alcohol hubiera hecho estragos en él, porque debió haber sido un tipo fuerte y duro como pocos.

—¿Te sientes capaz de hablar, Harrigan?

No pareció oírme. Siguió mirándome fijamente. Pero al cabo de unos segundos farfulló:

—¿A qué ha venido, hijo de perra?

—¿Dónde está tu hermana, Harrigan?

Respingó y me dedicó un largo surtido de insultos soeces. Contuve la tentación de saltarle los dientes y esperé hasta que pudo

ponerse de pie. Me aparté de su camino cuando avanzó hasta caer sentado en la cama. Desde allí dijo:

—No la nombre siquiera o le mataré…

—Tonterías. ¿Qué le pasó, Harrigan? No deseo perjudicarla en absoluto, pero tú no tienes más remedio que hablar. Cuanto antes te convenzas de eso antes te dejaré en paz.

Titubeó. Sus turbios ojos habían perdido aquella expresión bestial que me había asustado. Se parecía más a un perro apaleado que a otra cosa.

Finalmente, agachó la cabeza y habló con voz ronca, arrancando cada palabra de lo más profundo de sus entrañas.

—Murió —dijo—. Asesinada…

—¿Cuándo?

—Hace tiempo… mucho tiempo… Pero no fue asesinada, eso no es cierto, fue destrozada.

—Sigue.

—¿Qué más quiere saber? La destrozaron antes de matarla. Eso es suficiente.

No le pregunté qué era suficiente para él, pero sí indagué:

—¿Quién lo hizo, Harrigan, el «caballero» que nombra en sus cartas?

Asintió con un gesto. Comencé a ver un resquicio en aquel misterio, pero por si me quedaba alguna duda él habló casi escupiendo las palabras:

—Barton Lawery…

## CAPÍTULO VI

A pesar de haber esperado aquella respuesta quedé mudo durante unos instantes.

Sabía ya lo suficiente del tal Barton Lawery para que su muerte dejara de preocuparme. Lo único que me intrigaba era el detalle del pañuelito en su mano y la comedia del suicidio simulado. ¿Por qué el asesino había tenido interés en cargar a Leila con el crimen?

Tras su revelación, el beodo se había empequeñecido. Toda agresividad era ya inútil y él lo sabía, de manera que se había refugiado en su dolor y ya sólo era una sombra de sí mismo. Sentí lástima de él, pero aun así le espeté:

—¿Lo mataste tú, muchacho?

Meneó la cabeza de un lado a otro. Tenía la cara tumefacta y un hilillo de sangre se deslizaba de sus labios sin que pareciera advertirlo.

Pero de repente levantó la cabeza y de nuevo asomó un salvaje fulgor a su mirada.

—No llegué a tiempo —exclamó—. ¡Le juro que iba a matarlo cuando fui a su casa…!

—Adelante, Harrigan; no te detengas ahora.

—Nunca había podido reunir el valor suficiente para hacerlo… Pero aquella noche lo encontré. Bebí, hasta caer al suelo… después desperté y era noche cerrada y me pareció escuchar los sollozos de Dolly… y fui a matarlo. ¡Lo habría matado al fin!

—¿Cuándo fue eso exactamente, lo recuerdas?

—¿Es que no entiende? ¡Fue la misma noche que se suicidó! Llegué demasiado tarde… acababa de pegarse un tiro, ¿comprende? Todavía olía a cordita… Se había burlado de mí una vez más.

—Ya veo…

—¡No puede comprender! —estalló en un nuevo arrebato—. ¡Le maldije con toda mi alma!

—¿Cómo murió su hermana, Harrigan?

—Ahogada —se le escapó un sollozo y su voz se hizo más débil cuando añadió—. Pero la habían azotado, golpeado. El forense dijo que había sido violada. Y sólo tenía dieciocho años… ¡Y después supe que había sido Lawery quién se la había llevado de excusión! Y no tuve valor para matarlo entonces, si lo hubiese tenido no habría muerto sobre su cama.

Creí que no había entendido bien o que él desvariaba.

—¿Dónde encontraste a Lawery, Harrigan? Y reflexiona antes de responder.

No necesitó reflexionar.

—Estaba tendido de través sobre la cama con la cabeza colgando. Había un revólver en el suelo, junto a la colcha…

Aquello explicaba el misterio de la sangre que se había deslizado hacia la nuca, pero nada más. Y de nuevo me dejó helado cuando murmuró sordamente, como si hablara consigo mismo:

—Imagino que la muchacha debió llevarse también un buen susto…

—¿Qué muchacha?

—Ella, creo que se llamaba Margaret, salió de la casa cuando yo llegué. Tuve que esconderme para que no me lera.

—Ya veo. ¿Parecía asustada?

—Sí, claro… corría como si la persiguieran.

—¿Cuánto tiempo estuviste dentro, Harrigan? Trata recordarlo lo más exactamente posible.

—Unos minutos… dos, tres… o cinco quizá. Volví a salir en cuanto me di cuenta que aquel perro estaba muerto.

Era indudable que Maggy no lo había matado, ya que según el beodo el cadáver estaba en la cama cuando él lo vio, después de salir la muchacha. Y eso me hizo pensar que tal vez el asesino estuviera todavía en la casa, escondido en cualquier rincón, mientras aquellos dos inesperados visitantes irrumpían allí interrumpiendo su macabra tarea…

—Está bien, muchacho —dije—; te creo. Y ahora traza de no beber y dale algo de alimento a tu estómago. Convirtiéndote en una piltrafa no ayudas a Dolly tampoco.

Se quedó mirándome, después abatió la cabeza y no pronunció una palabra más ni siquiera cuando abrí la puerta y me largué del

pestilente cuarto.

Tuve que darme una ducha en el hotel para calmar el dolor que los golpes habían provocado. Después, mientras me vestía, me dije que las cosas estaban bien como estaban y que no había que darles más vueltas. Lawery había sido un sádico degenerado que se había ganado a pulso el final sangriento que había tenido.

Lo único que podía haberme interesado era el intento de complicar a Leila, más si ésta no deseaba mi ayuda nada me quedaba por hacer en Daytona Beach, de manera que me dispuse a pedir la cuenta del hotel y a reservar una plaza en el avión de Los Ángeles.

Acabé de anudarme la corbata y me acerqué al teléfono. Pero antes de llegar a él comenzó a sonar y al descolgarlo una voz bronca gruñó:

—¿Míster Bloch? No se mueva de ahí, quiero hablar con usted.

—¿Quién quiere hablarme?

—Policía. Espere en la habitación.

—Lo que faltaba —mascullé.

Pero el tipo colgó el teléfono sin esperar mi asentimiento. No me gustó la nueva complicación.

Tardaron diez minutos en llegar. Me encontraron de un humor de perros, así es que abrí la puerta y tan pronto hubieron entrado cerré de un portazo y me enfrenté con los dos.

—¿Qué pasa ahora, me he saltado alguna ley del municipio?

El más bajito, rechoncho y de cara curtida, señaló al enorme fulano que le acompañaba y dijo en lugar de responder:

—Éste es el teniente Stone, de la policía del condado; yo me llamo Ryder…

—Capitán Ryder —le atajé secamente.

—Si me conoce las cosas serán más fáciles.

—Lo dudo. He oído hablar de usted.

El teniente era un tipazo de facciones brutales y abotargadas, cabello revuelto y unos hombros como un piano. Lo único pequeño en él era su cabeza. Su cara no tenía expresión alguna y me miraba con indiferencia.

El capitán tomó de nuevo la palabra.

—Quiero hacerle unas preguntas, míster Bloch, y espero que sea lo bastante inteligente para no ponernos dificultades. Además, le

diré que se encuentra usted en una situación muy delicada.

—¡Qué cosas! —exclamé—. Pero siga hablando, capitán.

Sonrió como un zorro viejo. Sus ojillos pálidos y triados me estudiaban con la fijeza de una serpiente. Y siguió hablando pausadamente:

—Sus huellas dactilares han sido encontradas en el lugar de un asesinato, Bloch. Eso es grave, ¿no le parece?

—¡No me diga!

—Esa actitud sólo le llevará a verse encerrado por sospechoso.

—No adelante los acontecimientos y cuénteme cómo tan averiguado que son precisamente mis huellas las encontradas. Le confieso que eso me intriga.

—No es nada excepcional. «Alguien» mencionó su nombre en relación con míster Lawery. Pedimos sus huellas a la policía de Los Ángeles y al recibirlas las comparamos con todas las descubiertas en casa del asesinado. Las de usted coincidían con dos impresiones muy claras…

—¿Sólo dos?

Su rostro enrojeció. Comenzaba a perder la paciencia.

—No siga por ese camino, Bloch —me advirtió.

—Está diciendo tonterías desde que ha entrado. O tal vez sus secuaces son una pandilla de ineptos, capitán, porque mis huellas debían estar a centenares en casa de Lawery. Él era mi cliente y estuve en su casa en un par de ocasiones. Me invitó a beber y permanecí bastante tiempo allí… y usted dice que sólo han encontrado dos impresiones mías. Es ridículo.

Pasó por alto mi sarcasmo y gruñó:

—¿Qué le encargó a usted Lawery?

—Ajá, ya suponía que acabaría preguntándomelo. Pero no hay respuesta, capitán. Secreto profesional.

El teniente habló por primera vez.

—El tonto quiere que le hagamos daño… —dijo con voz alegre.

El capitán le hizo callar con un gesto.

—En un asesinato no hay secreto que valga.

—Así que ya sabe que fue asesinato.

—No nos crea tan imbéciles. Usted dice que Barton Lawery era su cliente…

—Sí.

—¿También Mitch Harrigan era cliente suyo?

Eso me hizo abandonar la actitud de desafío. Aquella pregunta contenía veneno.

—No —dije.

—Sin embargo, usted ha estado en su casa esta noche.

—Y le pegó una paliza. ¿Se atreverá a negarlo?

—No. Intentó echarme y nos liamos. Harrigan estaba borracho.

—Siempre estaba borracho. Y seguía estándolo cuando le han asesinado.

Sentí un escalofrío ante aquello. Debían haberlo matado minutos después de salir yo de allí para que la policía estuviera ya en movimiento.

—¿Cómo lo hicieron, capitán?

—Le volaron la cabeza de un balazo. ¿Ha perdido usted su sentido del humor, Bloch?

—Sólo por el momento. Supongo que no se tomaron la molestia de simular un suicidio esta vez…

—No. Lo dejaron tendido en medio del cuarto con cabeza hecha puré. Y ahora, Bloch, empiece a hablar no se detenga hasta el final.

—Narices. ¿Cómo saben que fui yo quien le atizó? Harrigan no dejaría una nota acusatoria creo yo.

—No se pase de listo. Un vecino con el que acostumbraban beber juntos algunas veces le vio salir a usted. Había escuchado gritos y golpes y acudió a ver si Harrigan estaba bien… Hablaron y éste le contó lo sucedido. Le nombró a usted. Luego dijo que quería acosarse y el vecino lo dejó solo. Minutos después ese mismo vecino y otros escucharon el disparo que acabó con Harrigan, aunque no pudieron ver el asesino.

—Es una lástima.

—Sí. Ahora ya sabe por qué estamos aquí. Quiero que me diga todo lo que sepa de este asunto, Bloch, y le prevengo que podemos ser muy desagradables si nos obliga a ello.

—Conozco policías desagradables desde hace tiempo. Los hay en todas partes, usted sabe… pero no puedo decirles lo que ignoro, y lo poco que sé no tiene nada que ver con el crimen, de manera que tanto ustedes como yo estamos perdiendo el tiempo.

Se miraron los dos. El teniente soltó un resoplido. Su jefe gruñó:

—Miente, Bloch. Usted aporreó a Harrigan para hacerle confesar

algo determinado.

—Otra equivocación. Tuve que defenderme o me hubiera machacado, eso es todo.

El teniente se acercó con pasos que hicieron retemblar las paredes. Sus manos como jamones me sujetaron por el brazo y me zarandeó con la misma facilidad con que sacudiría la ceniza de un cigarrillo.

—Escuche, estúpido… —empezó a decir.

Me solté de un tirón, notando crecer mi furia por momentos. Nunca me habían gustado aquella clase de polizontes.

—Vuelva a ponerme sus sucias manos encima y verá lo que es bueno, teniente —advertí.

Ryder intervino con voz seca:

—Basta de payasadas, Bloch; se lo pregunto por última vez amablemente: ¿Qué pretendía de Harrigan?

—Váyanse al infierno, es todo lo que voy a decirles.

Pero había calculado mal el sentido del deber que tenían los «polis» del condado, por lo menos el de aquella pareja. El teniente Stone había quedado a mi lado y apenas acabé de hablar disparó su puño con la fuerza de un ariete.

Creí que me arrancaba la cabeza de cuajo. Sentí un estruendo dentro del cráneo y me encontré tirando de bruces junto a la pared, con todo dando vueltas a mi alrededor y un tremendo dolor envolviéndome en oleadas incontenibles.

Stone se acercó a mí lentamente. La expresión de su cara brutal no había variado en absoluto. En todo caso, parecía un poco más alegre.

Luché por incorporarme. Si me machacaba estando en el suelo lo haría con los pies y yo lo pasaría muy mal. Sin embargo, la voz de su jefe le detuvo a mitad de camino.

—Espere, teniente —refunfuñó el capitán—. Hay muchas maneras de ablandar a un tipo sin que queden señales visibles.

Eso me dio un respiro. Acurrucado en el suelo estudié a los dos matones. Con un poco de suerte y algunos trucos podría librarme de uno, pero eso no me consoló en absoluto porque eran dos, y lo bastante salvajes para no importarles lo que hicieran conmigo.

Stone refunfuñó:

—Qué tipo… un golpe y está acabado. Mantequilla pura —y se

echó a reír.

Continué quieto, recobrando fuerzas y dejando que mi cabeza se asentara de nuevo sobre los hombros.

Ninguno de ellos habló mientras duró mi inmovilidad, aunque no me quitaron ojo de encima. El primero en impacientarse fue el teniente.

—Vamos, arriba, pichón… estamos perdiendo mucho tiempo por una basura como tú.

Simulé que hacía esfuerzos para levantarme. Estaba seguro que se proponían pegarme una paliza «profesional», de las que destrozan a la víctima sin apenas dejar huellas visibles… tenía que hacer algo para ahorrarme unos cuantos coscorrones.

Me apoyé en la pared hasta quedar de pie, pero encogido sobre mí mismo, igual que si estuviera todavía aturdido.

Tal como había supuesto, Stone soltó un juramento y vino hacia mí a grandes zancadas.

—¡Maldito pelele! —exclamó—. Si con un golpe se desmonta de esta manera, ¿qué le pasará cuando terminemos con él, capitán?

Alargó la mano y me sujetó por el brazo, obligándome a enderezarme. Era lo que había estado esperando.

Le atenazó la muñeca con la mano derecha y giré como una peonza, imprimiendo un movimiento de rotación a su brazo. Él tuvo que ceder para evitar que se lo rompiera y gritó, sorprendido. Entonces flexioné una pierna, hice palanca con todo el cuerpo y el corpachón del teniente salió volando por encima de mí. Planeó grotescamente, perdió impulso al fin y cayó de cabeza al suelo como una perdiz herida.

El topetazo fue más que regular, pero no me entretuve en ver el efecto del vuelo planeado de Stone, sino que me enfrenté con el capitán Ryder.

Lo vi tan estupefacto, mirando el cuerpo de su matón amaestrado, que me entraron ganas de reír. Pero reaccionó de golpe y llevó la mano a la axila con una expresión furiosa en su rostro. Creo que llegó a asir la culata del revólver que llevaba allí, pero no pudo sacarlo porque caí sobre él con todo mi ímpetu. El primer golpe en el plexo solar le hizo doblarse y llevar las manos al lugar machacado. Sólo tuve que atizarle en la nuca con el canto de la mano y el capitán decidió olvidar nuestras rencillas por un rato.

Por su parte, el mastodonte llamado Stone comenzaba a rebullir. Sin embargo, también para él el trastazo había sido demasiado duro, a pesar de su enorme fortaleza, lo cual me dio tiempo a acercarme y repetir en su nuca el mismo tratamiento aplicado en la de su jefe.

Dejó de gruñir y volvió a quedar inmóvil. Bien, ya estaba metido en el lío más descomunal de mi carrera, aunque bien es verdad que nunca había tropezado con energúmenos semejantes armados de una chapa y un revólver. Me consolé diciéndome que, afortunadamente, cada día van quedando menos policías de esa clase, barridos por los auténticos profesionales de la Ley.

Sin embargo, eso no me solucionaba nada en aquellos momentos. Lo único que me quedaba por hacer era largarme cuanto antes. Nuestros abogados ya se encargarían de arreglar el asunto… si podían. Lo importante era poner tierra de por medio antes que cualquiera, de aquellos dos pajarracos pudiera mirarme por encima de la mira de su revólver.

Llegué a la calle sin tropiezos. El coche policíaco estaba parado junto a la acera y un guardia de uniforme esperaba ante el volante. Pensé que tendría que aguardar un buen rato.

Entonces, mientras me alejaba, se me ocurrió preguntarme quién demonios había dado ni nombre a la policía; quién les había hablado de mi intervención en el caso… y sólo se me ocurrieron un par de nombres:

Leila Lawery y Mike Fell, el tahúr. Casi eliminé a Leila tras unos minutos de reflexión.

Entré en un bar para reanimarme con un par de tragos. Sentado allí reflexioné largamente sobre todo el embrollo. Después de todo, tal vez Mike Fell acabase pagando los platos rotos.

## CAPÍTULO VII

Además de una soberbia mujer, Maggy era inteligente. Apenas si me hizo preguntas cuando llegué a su apartamento. Premió mi visita ofreciéndome sus labios durante unos segundos. Después se apartó y escuchó lo que yo quise contarle sobre mi situación.

—De manera que tienes a la policía en los talones —comentó al final, sin alterarse.

—Poco más o menos. No tardarán en buscarme por toda la ciudad.

—Ese capitán Ryder es un mal bicho. Él y su inseparable teniente son los que fomentan el vicio aquí, Jim, al hacer la vista gorda con los tipos como Mike Fell.

—Eso sucede en todas partes, pequeña. Ahora dime por qué me mentiste, ¿quieres?

—¡Jim!

—No te escandalices. Me dijiste que la noche que mataron a Lawery no saliste de tu apartamento debido a la tormenta. Sin embargo, hay alguien que te vio…

—No creí que pudieras averiguarlo tan fácilmente. ¿Quién fue?

—Harrigan.

Se sobresaltó.

—¿Ese muchacho del que me has hablado, el que han asesinado?

—Él mismo. Se disponía a entrar en casa de Lawery cuando tú saliste corriendo. Y me ha contado que, cuando él llegó junto al muerto, le encontró en la cama, no en el despacho, y en el aire todavía flotaba el olor a pólvora quemada.

—Te ha contado la verdad, Jim —confesó—. Tuve miedo de decírtela yo. Estuve allí aquella noche… entré cuando Barton ya había muerto. Yo también advertí el olor a pólvora. Salí corriendo antes que pudiera verme envuelta en su muerte.

—Ya veo…

—Ésta es la verdad, Jim; no te miento ahora.

—Te creo, mientras nadie me demuestre lo contrario.

Eso me valió otro largo beso como recompensa. Después, cuando ya casi había olvidado mis inmediatos proyectos sumergido en sus labios, ella se apartó y las aguas volvieron a su cauce. Sólo quedó el alterado golpeteo de mi sangre en las sienes.

—¿Qué te propones hacer ahora, Jim? —inquirió la muchacha, todavía muy cerca de mí para que mi presión arterial descendiera.

—Supongo que sólo me queda una cosa por hacer.

—Largarte de la ciudad, imagino yo.

—Ajá. No obstante, me revuelve la sangre huir de semejante manera a causa de un par de cernícalos con chapa de policía.

No le dije que una de las cosas que me retenía era el intento de complicar a Leila en el crimen. Por otra parte, sospechaba que quién había lanzado al capitán Ryder tras mis huellas era Mike Fell, y estaba tentándome la idea de arrancarle a éste el pago de mis desvelos en el caso Lawery.

—No puedes hacer otra cosa, amor —runruneó—; aunque te confieso que te echaré de menos. Tengo un carácter endiablado, tú sabes… le cobro cariño a la gente que está en apuros.

—Si eso es cierto sospecho que te verás envuelta en no pocos embrollos, querida. Y ya que hablamos de embrollos dime cómo se llama el yate de Mike Fell y dónde suele tenerlo amarrado. Tú debes estar enterada de esos detalles, ¿no es cierto?

Estuvo unos segundos mirándome, dubitativa. Después dijo:

—Sigues buscando camorra, Jim.

—Tal vez.

—El yate se llama «Gambol» y suele estar atracado en los amarraderos del «Evergreen Club». Fell es uno de los socios principales del club y todo el mundo se quita el sombrero, cuando él aparece por allí.

—Ya veo.

—¿Crees que está en su yate?

—Él mismo me dijo que iba a hacerse a la mar para descansar un par de días. Quiero ver si puedo hablar con él antes que lo haga.

—¿Sabes nadar, Jim?

Me eché a reír.

—Si no me amarran un lastre de cemento en los pies, sí.

Fue una frase dicha irónicamente, para quitarle dramatismo a la situación, pero luego, mientras un taxi me llevaba hacia el club de potentados, se me ocurrió que muy bien podría ser eso lo que sucediese tratándose de un granuja como el tahúr. La idea no me gustó ni poco ni mucho y la ahuyenté antes que debilitara mi decisión de buscarle las cosquillas al gran Mike Fell.

Dejé el taxi en el amplio paseo bordeado de palmeras. El edificio del club estaba brillantemente iluminado y concurrido. De alguna parte llegaba el suave murmullo de una orquesta. Un portero uniformado se aburría junto a la entrada.

Pasé por delante de él y devolví su saludo. El bar era más bien pequeño, pero detrás de él se extendía un espacioso salón poco concurrido. Después, tras unas arcadas pintadas de blanco, había la terraza, que era donde la gente se divertía bailando.

La bordeé y anduve sin prisas hasta descubrir la escalera que descendía hacia los embarcaderos, donde se mecían incontables embarcaciones de todo tipo. No había nadie allí para vigilar, de manera que me hundí en las sombras sintiendo bajo mis pies el chapoteo del agua.

Pude ver la alta verja de hierro que se perdía en la distancia, cerrando el paso a los intrusos, de manera que sólo se podía llegar a las embarcaciones pasando por el edificio social del club, aunque en alguna parte debía haber también una entrada para los coches y las embarcaciones que llevasen en los remolques.

Llevaba un par de minutos escrutando dificultosamente los nombres de los yates que estaban amarrados, algunos de ellos con las luces encendidas y rumores de conversaciones en su interior, cuando alguien se me acercó por detrás y preguntó secamente:

—¿Se ha perdido usted, amigo?

Me volví. El hombre vestía una camiseta a rayas azules y blancas y se cubría la cabeza con una gorra azul. Tendría sesenta años y sus chupadas mejillas necesitaban un buen afeitado.

—Busco el yate de Mike Fell. Me citó a bordo, pero no pude reunirme a tiempo con el amigo que debía acompañarme. ¿Sabe usted dónde está amarrado?

—¿El «Gambol»? Naturalmente… Siga esta plataforma hasta el final. El barco está justo en el amarradero de la derecha si no se ha hecho a la mar. Hace rato que terminaron los preparativos…

—Gracias.

Apresuré el paso. La plataforma estaba montada sobre flotadores, y a ella permanecían sujetas las embarcaciones, de manera que se bamboleaba suavemente bajo mis pies. A intervalos había alguna que otra luz, pero en general todo aquello estaba muy oscuro.

Llegué al final y doblé a la derecha. No tuve que avanzar mucho para darme cuenta que había llegado tarde. Un yate de gran tonelaje se alejaba mar adentro rutilante de luz. No había ningún otro con signos de vida en las cercanías.

Gruñí una maldición, incluso estuve tentado de buscar una embarcación de alquiler y abordarlo… pero lo dejé correr. En alta mar, Fell podría desembarazarse de mí tal limpiamente que era un suicidio intentarlo.

Recorrí aquél trozó de muelle dándome a todos los diablos. Todavía estaban las aguas agitadas por la partida del yate. Unos minutos antes y hubiera podido tener a Fell al alcance de la mano.

Giré sobre mis talones, sin prisa alguna. Una brisa suave venía del mar refrescando el ambiente. Resultaba una noche magnífica para pasarla en cualquier lugar agradable al aire libre.

Encendí un cigarrillo, aspiré el humo y me decidí a regresar.

En aquel instante escuché el rumor.

Me detuve en seco, intrigado. Había sido como un ronco gemido, aunque no pude estar seguro de haberlo oído. Podía haber sido un chapoteo del agua debajo de la plataforma.

Estuve unos instantes inmóvil, fumando y con el oído alerta. Y de repente se elevó otra vez, claro y distinto. No era el agua, sino una voz humana la que gemía en una especie de sollozo, y había tal angustia en, aquel lamento que un escalofrío me inmovilizó durante unos segundos.

Arrojé el cigarrillo al agua y me agaché. La voz había surgido del mar, muy cerca de la plataforma. A mi derecha se erguía la negra masa de un gran yate sin luz. A la izquierda sólo se balanceaba una pequeña motora de lujo cubierta por una funda de plástico. Tuve la vaga sensación de que el quejido se había producido precisamente entre las dos embarcaciones.

De rodillas en el borde del embarcadero exclamé:

—¿Hay alguien ahí?

Agucé el oído, pero no hubo respuesta. Sin embargo, casi al instante, un violento chapoteo agitó las negras aguas debajo mismo de la plataforma en que me encontraba.

Tuve la seguridad de que alguien se debatía allí debajo. Alguien a punto de ahogarse sin duda, de manera que me quité la chaqueta dispuesto a zambullirme. Estaba haciendo lo mismo con los zapatos, apresuradamente, cuando vi una cosa blanca agitarse en el agua, surgiendo de debajo mismo del amarradero.

Aquello siguió moviéndose, golpeando el agua. Así pude ver que se trataba de un brazo desnudo. Sólo tuve que tenderme boca abajo para aprisionar la mano y tirar con fuerza.

Poco a poco conseguí atraer el cuerpo. Una larga cabellera rubia ondeó sobre el agua, mecida suavemente, y apareció la cabeza.

—Animo —dije—, voy a sacarla en un segundo…

Sólo emitió un gorgoteo, expulsando una bocanada de agua. Entonces se hizo más pesada y creí que me arrastraba a mí con ella, de manera que redoblé mis esfuerzos y un minuto después pude izarla por completo.

Y estuve a punto de soltarla de golpe, aturdido por la sorpresa.

La mujer estaba desnuda e inconsciente.

Me recobré como pude y la tendí suavemente sobre las maderas. Luché con mi aturdimiento y comencé a presionar su cuerpo aplicándole la respiración artificial mientras dudaba en pedir socorro al guardián con que había tropezado antes, o esperar a que ella recobrase el conocimiento. Si manera de aparecer, medio ahogada y desprovista de toda ropa, me hizo pensar que tal vez no quisiera ser vista en tal estado si la conocían en el club.

Gruesas gotas de sudor resbalaban por mi cuello a causa del esfuerzo, pero minutos más tarde pude ver cómo empezaba a reaccionar. Seguí esforzándome, bendiciendo a la cálida noche.

Cuando cesé en mis forcejeos, agotado de cansancio y sudando desesperadamente, ella emitió un leve lamento y respiró golosamente.

La cubrí como pude con mi chaqueta y me senté a su lado para recuperar el aliento. Tuve tiempo de fumarme un cigarrillo antes que diera otras señales, de vida.

Entonces le pregunté:

—¿Se siente mejor? Voy a llevarla al hospital, pero tendré que

pasar por el club… ¿Me oye?

No respondió, pero sus largas pestañas aletearon. Por primera vez escruté sus facciones y me sorprendió u juventud. Apenas si tendría veinte años y era tan hermosa que ni la terrible prueba por la que había pasado lograba alterar la perfecta armonía de su cara.

Y de repente abrió los ojos y trató de enfocarlos en alguna parte. Le costó cierto esfuerzo conseguirlo, pero finalmente me vio y sus facciones se desencajaron en una mueca de terror.

—¿Qué le pasa ahora, pequeña? No tiene nada que temer… ya pasó el peligro.

—¿Usted…?

—La he sacado del agua. Estaba a punto de ahogarse. ¿Cómo se siente ahora?

—Usted es…

Su voz se extinguió.

—Llámeme Jim. Y ahora no perdamos más tiempo. La habría sacado de aquí antes, pero todo lo que lleva encima es mi chaqueta. No sabía si deseaba que los del club la vieran así…

—¡Oh!

Hizo un brusco movimiento para incorporarse, pero le fallaron las fuerzas y volvió a quedar tendida de cara a las estrellas. Añadí tratando de que mi voz fuera lo más suave posible:

—No se altere, pequeña, todo va bien. ¿Tiene conocidos en el club?

—No… ¡Oh, Dios santo!

Se echó a llorar como lo que realmente era: una niña.

Estupefacto, la contemplé irnos segundos sin acertar a pronunciar palabra. Al fin pude refunfuñar:

—Está bien, llore si eso ha de calmarla, pero no puede permanecer desnuda toda la noche o pillará una pulmonía. ¿Está dispuesta a salir por el club?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Bueno —dije—. Pues no hay otra salida… y es preciso que pueda cubrirse usted para entrar en calor. La noche es muy cálida, pero no lo suficiente para su estado.

—No… no deje que me vean… usted… no sabe…

—¿Qué es lo que no sé?

—¡Es horrible…!

—Pero ya ha pasado, niña —exclamé, creyendo que se refería al peligro de que había escapado.

—Lléveme… fuera de aquí… sin que me vea nadie…

—Eso es absurdo. Yo podría saltar la verja de hierro, pero usted no está en condiciones de hacer malabarismos. Hay que salir por el club.

—No… Por favor… ¡Tengo tanto miedo!

—¿Eh?

Me miró y sus grandes ojos me produjeron escalofríos. Desorbitados por algo espantoso que bullía en su cerebro, expresaban todo el terror del mundo.

—No comprendo… ¿Alguien quiere hacerle daño, pequeña?

—Sí.

—¿Alguien del club?

—Sí…

Pero en realidad no comprendía aquello. Yo no conocía otra salida de los embarcaderos, y no había ni que pensar en escalar la verja con ella a cuestas, y desnuda por añadidura. Además, existía el peligro de que agarrase una buena pulmonía si aquella absurda situación se prolongaba.

—Mire, querida —dije conciliadoramente—, yo cuidaré de usted y nadie podrá hacerle daño aunque pasemos por el edificio…

Sacudió violentamente la cabeza.

Lancé una sarta de maldiciones, dispuesto a cargármela en brazos y llevarla por el club le gustase o no. Me detuvo la desesperada súplica de su mirada.

—Si al menos pudiera encontrar ropas para usted… Realmente, niña, mi chaqueta no le sirve de mucho y es cuanto puedo proporcionarle…

De repente se me acudió una idea. Eché un vistazo al yate que se balanceaba a nuestro lado como una sombra. Era lo bastante grande para efectuar largos cruceros y era posible que sus propietarios tuviesen ropas a bordo…

—Escuche, pequeña; voy a tratar de forzar ese yate y veré si hay algunas ropas para usted. Si es así tal vez podamos escabullimos sin que la vean. ¿Comprende?

—Sí…

—Permanezca aquí quietecita, ¿de acuerdo? Nadie le hará daño,

pero si oye los pasos de alguien acercándose no tiene más que llamarme y vendré al instante. Confíe en papaíto y todo irá bien.

—Sí…

Me encaramé a bordo y no me costó más de un minuto forzar la cerradura de la cabina.

El interior de aquel cascarón era un verdadero palacio, pero no perdí tiempo admirando su lujo ni sus comodidades. Violenté armarios viendo todo un surtido de artilugios para la pesca de altura, equipos de buceo y todo lo que los amantes de los deportes náuticos pueden ambicionar, pero hasta la tercera puerta que salté no hallé una colección de vestidos impresionante. Saqué uno azul que me pareció lo bastante grueso para abrigar a la muchacha. También descubrí en unos cajones todo ese combinado de encajes, sedas y nylon que las mujeres se complacen en colocar sobre su piel con el exclusivo objeto de volver bizcos a sus oponentes del sexo opuesto.

Cargado con mi botín, abandoné el yate y corrí al lado de la chica. Durante mi ausencia se había sentado en el suelo y se debatía con mi chaqueta para que ésta cubriera el máximo de su anatomía.

—Le traigo todo un equipo, querida —dije, tratando de animarla—. No sé si será de su talla, pero de momento las tiendas están cerradas para usted. Ahí tiene.

Le coloqué el envoltorio en el regazo. Ella levantó la cabeza y se quedó mirándome con cierto apuro. Observé que había recobrado buena parte de sus energías.

—Oh, está bien, está bien —exclamé, sonriendo—. Prometo no volver la cabeza mientras se viste. Pero dese prisa.

Le di la espalda y aproveché para fumar nerviosamente un cigarrillo. La oí moverse detrás de mí y aproveché para preguntar:

—¿Cómo ha ido usted a parar al agua sin nada de ropa, pequeña?

Tardó tanto en responder que creí no obtener satisfacción a mi curiosidad. Pero al fin habló con voz insegura:

—He tenido que escapar…

—¿De dónde?

—¿Quién es usted? —retrucó, en lugar de responder—. Me ha dicho que se llama Jim, pero eso no me aclara nada.

—Usted ni siquiera me ha dado su nombre…

—Susan Bates.

—*Okey*, Susan; ¿de dónde ha escapado usted?

—Del yate.

Pegué un respingo y me volví en redondo.

—¿De qué yate?

Acababa de ajustarse una combinación demasiado grande para ella. Me miró con reproche, pero se encogió de hombres y murmuró:

—Después de cómo me ha visto al sacarme del agua reo que ya no importa mucho que me vea ahora…

—¿De qué yate está hablando?

Titubeó, hizo un gesto fatalista y dijo de mala gana:

—Uno que acaba de hacerse a la mar… el «Gambol».

—¡Maldita sea, el yate de Mike Fell!

Pareció que acababa de recibir un directo a la mandíbula.

—Usted… usted es amigo de él…

De nuevo la dominó el miedo.

—Nada de eso, niña. Precisamente he llegado tarde para darle un buen dolor de cabeza a ese perro. ¿Qué le hizo a usted, la secuestró acaso?

Acabó de meterse dentro del vestido, el cual quedó flotando alrededor de su frágil cuerpo como la carpa de un circo.

—Será mejor que nos marchemos de aquí —opinó, en lugar de contestar a mi pregunta—. Hay una entrada de coches con un guardián. Si pudiéramos salir por ella…

—¿Por qué tiene tanto miedo de atravesar el club? La gente está allí divirtiéndose, no se fijarían en nosotros.

—Siempre hay algún hombre de Fell en el club… si me reconocen estoy perdida, Jim.

—Está bien, ya me contará luego todo este lío. ¿Dónde está la entrada de coches?

Sin responder, me guió hasta tierra firme y allí hubimos de andar casi cinco minutos hasta descubrir la gran reja que formaba la puerta. Brillaban unas potentes luces a ambos lados y un guardián dormitaba sentado en una silla.

—¿Es él quien abre la puerta, Susan? —quise saber.

—Sí… por lo menos lo hizo cuando llegamos con el coche. Tiene un mecanismo eléctrico a su lado para franquear el paso.

—Ya veo… Si nos ve querrá hacer demasiadas preguntas. Lo siento por él.

—¿Qué dices?

—Quédate aquí y no te muevas hasta que te llame.

Sin esperar su asentimiento, avancé resuelta y abiertamente hacia él guardián, el cual levantó la cabeza al escuchar mis pasos. Pero no se despegó de la silla hasta que me detuve frente a él.

—Me he quedado sin cerillas —dije—. ¿Tiene usted, amigo?

—Claro… pero ¿de dónde sale usted?

—He estado dando un vistazo a mi cascarón…

Hurgó en sus bolsillos buscando las cerillas. Antes que pudiera encontrarlas le disparé el puño y su mandíbula emitió un chasquido. El pobre tipo se elevó unas pulgadas y después fue a caer contra su silla, derribándola. Ya no se movió. Saqué un billete de diez dólares y lo introduje en su bolsillo. A diez dólares el puñetazo pensé que estaba bien pagado.

Susan llegó corriendo sin esperar que la llamara. Entonces advertí que iba descalza y me maldije por mi olvido. Podía haber robado también un par de zapatos.

—Vámonos de aquí antes que ese despierte, pequeña, buscaremos un taxi y te llevaré a casa. Por el camino podrás contarme tu historia.

—No puedo volver a casa… será el primer lugar en que me buscarán.

—Estás metida en un buen lío también, ¿eh?

—¿También? —exclamó, intrigada.

—A mí también me buscan, Susan…

Encontramos un taxi al cabo de unos minutos. Ella se dejó caer en el asiento con un suspiro de alivio. Sus pobres pies descalzos ya casi se negaban a transportarla un paso más.

Le di al chófer una dirección cercana al domicilio de Maggy. Susan quiso saber:

—¿Es ahí donde vives?

—No. Voy a llevarte a casa de una amiga mía. Espero que no oponga dificultades a tu estancia bajo su techo, pequeña.

Tras un silencio murmuró:

—¿Tu novia?

—Oh, no… Cuéntame ahora tu odisea, Susan.

—No hay mucho que contar —habló a regañadientes, con voz ronca por la indignación, o tal vez el despecho—. Me dejé engañar como una tonta… toda la culpa es mía, Jim. Nunca debí escuchar los engañosos halagos de aquel sinvergüenza.

—¿De quién estás hablando?

—Se llama Ames. Es uno de esos hombres apuestos y elegantes, bien educados, al que una puede tomar por un hombre de negocios cansado de su soledad…

—¿Y qué es en realidad?

—¡Un hijo de perra! —estalló, apretando los dientes.

—Aparte de eso, Susie.

—Un empleado de Fell… Organiza sus orgías en el yate… lleva chicas, bebidas y marihuana. Y cada viaje engaña a alguna ilusa con la cabeza a pájaros como yo y la ofrece a su jefazo envuelta en celofán, como regalo.

—Ya veo. Para este viaje te había elegido a ti, ¿no es eso?

—Sí, pero se equivocó, el muy… Tuvo la desfachatez de decirme lo que me pagarían al regreso… me ofreció marihuana y todo cuanto quisiera…

—¿Y…?

—Le sacudí con una botella.

—¿A Fell?

—No, a su perro, Ames. Se puso a chillar como una bestia, con la cara llena de sangre. Fell no estaba a bordo todavía.

—Comprendo. Fue entonces que te encerraron, ¿eh?

—Sí, pero me quitaron todas las ropas para que no se me ocurriera la idea de crearles dificultades. Sólo se me presentó la oportunidad de huir cuando me sacaron para llevarme al camarote de Fell, pero para entonces el yate ya estaba fuera del puerto.

—*Okey*, linda, ya le ajustaremos las cuentas, no te preocupes. Yo también tengo algo que decirle a esa bola de sebo.

Comencé a pensar en el sistema de proveer de «distracciones» al tahúr. Me dije que Barton Lawery había perdido sus diez mil dólares en las mesas de juego de Fell… y llegué a la conclusión de que la excursión a que había sido llevada la hermana del pobre Harrigan muy bien podía haber sido un crucero en el «Gambol» aunque destinada a un cliente de categoría como Lawery, en lugar de Mike Fell. El sadismo de mi excliente había hecho el resto.

Maggy no opuso muchas dificultades para permitir a Susan refugiarse en su apartamento. Únicamente refunfuñó un poco contra mí porque pensó que yo llevaba otras intenciones respecto a la linda muchacha, aparte de protegerla, en lo cual no andaba descaminada ni mucho menos.

Pero accedió a que se quedase allí e incluso le proporcionó algunas de sus ropas, más adecuadas a la grácil y esbelta talla de Susie.

—Yo dormiré en el diván —dije, después de las discusiones preliminares—. Y no es necesario que cierres la puerta del dormitorio con llave. Soy un tipo pacífico, Maggy.

—No creas que eso me preocupa mucho por mi parte —rió—. Pero he de velar por mi invitada, de manera no te acerques a la puerta ni para preguntar la hora, querido.

—Tengo un magnífico reloj, linda.

Me tiró una manta desde el umbral de su habitación tras esto desapareció, riendo burlonamente.

En fin, me consolé al pensar que había hecho mi buena obra del día salvando a una chica… y me enrosqué como pude en el sofá.

Pero tardé mucho tiempo en dormirme, absorto en profundas reflexiones. Tracé algunos planes para el día miente y finalmente el sueño y el cansancio ganaron la partida y caí en una profunda inconsciencia.

Fue una noche muy distinta de como hubiera podido ser.

## CAPÍTULO VIII

Supuse que mi hotel estaría bloqueado por la policía, a la espera de echarme el guante, de manera que entró en un bar cercano y llamé al conserje.

El hombre no pareció muy entusiasmado cuando le dije quién era, pero tuvo el suficiente sentido común de no prorrumpir en gritos de alarma.

—Escúcheme bien —añadí apresuradamente—; no crea nada de lo que la policía haya dicho de mí. Todo es falso.

—Yo no he dicho que fuera cierto, señor…

—*Okey*, sabré agradecer su actitud. Ahora dígame, ¿está ahí la policía?

—Sí, claro…

—¿Pueden escuchar lo que usted dice?

—No, están sentados al otro lado del vestíbulo. También hay dos arriba.

—¿En mi habitación?

—Eso es.

—Vaya despliegue de fuerzas… sólo les falta la bandera y una banda de música para iniciar un desfile. Está bien, sólo hay una cosa que me preocupa. ¿Ha llegado alguna carta para mí? Estoy esperando una de Los Ángeles y es importante que la reciba.

—No, señor, una carta no, pero ha llegado un caballero preguntando por usted.

—¿Policía?

—No, en absoluto, señor. He dicho un «caballero».

—Ajá, pero sigo sin comprender quién puede ser. ¿Ha dejado algún encargo para mí?

—Ha hecho algo más que eso. Se ha alojado en el hotel. Estaba decidido a buscarle a usted y…

—¡Pero hombre! ¿Por qué no dice las cosas por orden y con

sentido? Ese caballero habrá dado algún nombre creo yo.

—Naturalmente, señor; ha debido inscribirse…

Ahogué un juramento y aguardé. El conserje dijo al fin:

—Es míster Norman Cassidy, señor.

Casi me escapó el auricular de las manos. ¡Mi socio había volado desde Los Ángeles a Daytona! Absurdo.

—¿Dónde está ahora? —indagué, excitado.

—En la habitación. Hace muy poco tiempo que ha llegado, señor.

—¡Por todos los diablos, comuníqueme con él, rápido!

—Sí, claro, naturalmente, señor…

Sonaron una serie de chasquidos y finalmente la voz bronca de Cassidy gruñó:

—¿Quién llama?

—Santa Claus. ¿Quién crees que puede llamarte aquí?

—¡Tú, maldita sea tu estampa!

—No pronuncies nombres ni alborotes. El hotel está lleno de policías esperándome.

—¿Crees que no lo sé? Eso es lo que me ha hecho tirar el dinero por la ventana y pagar ese maldito viaje. ¿Qué diablos de lío es ése en que te has metido?

—Te lo contaré con más calma. Dime solamente cómo has sabido mis apuros.

—¡Caray con lo que sales ahora! Llamé anoche por teléfono y un empleado me dijo que habías desaparecido y que la policía te andaba buscando, acusado de asesinato, agresión a la autoridad y no sé cuántos cargos más. No quise saber nada más y tomé el primer avión que pude. He llegado hace apenas media hora…

—*Okey*, Norman; nunca sabrás lo que me alegra que hayas venido. ¿Conseguiste el testamento y los demás datos?

—Sí; y te diré que es el testamento más idiota de cuántos he oído hablar.

—Bueno, bueno, ya me contarás luego todo esto, Ahora sal a la calle y echa a andar hacia la derecha del hotel. Yo me reuniré contigo cuando lo crea oportuno.

—¿Para qué tanta comedia? Dime dónde estás y…

—Quiero asegurarme de que la policía no te sigue los pasos. No tardes, muchacho, o acabaré con las existencias de *whisky* de este

bar.

Colgué, extrañamente alegre al saber que mi socio y amigo podría echarme una mano en caso de apuro.

Pagué la bebida y salí a la calle. Fui a estacionarme cerca de la esquina y poco después vi salir a Norman, detenerse en la acera el tiempo de encender un cigarrillo y echar a andar siguiendo mis instrucciones.

Aguardé un rato hasta asegurarme de que nadie iba tras él. Entonces anduve apresuradamente en su misma dirección hasta alcanzarle.

—Deja las demostraciones para mejor ocasión —le atajé, cuando se disponía a soltarme todo su repertorio de recriminaciones—. Tenemos mucho que hacer.

—Antes de mover un dedo quiero saber quién va a pagar todos esos gastos.

—No seas tacaño. Tengo un magnífico candidato, Norman… De momento iremos a cierto apartamento donde podremos hablar.

Lo llevé directamente a casa de Maggy. Norman enrojeció al encontrarse ante la muchacha y ver su magnífica figura apenas velada por una de esas *negligés importadas directamente de París y que cuestan un ojo de la cara y parte del otro. También Maggy acusó cierto sobresalto al ver la alta silueta de mi socio.*

—No me digas que es otro refugio, Jim —exclamó.

—No temas; él tiene una magnífica habitación en el hotel. Cierra la puerta y te presentaré a ése estupendo ejemplar de soltero, Maggy. A propósito, ¿dónde está Susie?

—En el baño.

—¿En el baño? Caray, yo diría que tuvo suficiente anoche… Éste es míster Cassidy, Maggy; Norman para los amigos. Y ésta es Maggy, muchacho, la propietaria de este piso donde he encontrado refugio a mis penas.

—Comprendo… empiezo a darme cuenta del por qué te has quedado en esta ciudad en lugar de volver a la oficina…

—No empieces con tus cosas, viejo. Hay dinero ganar, ya verás. Bueno, ¿no tienen nada que decirse los dos o qué?

Como de costumbre en casos semejantes, Norman encontraba dificultades en salir de su caparazón. Afortunadamente, Maggy se apoderó de él y se encargó de arrancarle el desconcierto, aunque, a

mi entender, se preocupó tal vez demasiado de mostrarle parte de sus encantos.

—Bueno —intervine al fin—, dime qué hay del testamento y después podrás volver a tu *flirt con esa dama.*

Echó mano al bolsillo interior de la americana y me entregó un grueso sobre sin pronunciar una palabra. Un segundo después se había olvidado de mi presencia y toda su atención estaba dedicada a atender la conversación con la bella Maggy. Contuve las ganas de reír y abrí el sobre. De momento, eso era mucho más interesante para mí.

No tardé en darme cuenta de cuán sorprendente era aquel documento. Al parecer, la madre de Barton y Leila Lawery conocía muy bien a sus hijos. Según exponía, necesitó de toda su energía para frenarles en sus descabelladas inclinaciones para que no despilfarrasen toda la fortuna, sin preocuparse en absoluto de ella.

Sabía que Barton era jugador, con instintos desatados y violentos, y, según sospechaba, había probado los estupefacientes más de una vez en las noches que desaparecía para entregarse a sus abyectas orgías.

En cuanto a Leila, su propia madre confesaba ante el notario que era una especie de ninfomaníaca capaz de echar una fortuna por la ventana si el hombre de turno le gustaba lo suficiente. Ya había tenido que sacarla de apuros algunas veces.

Con estos antecedentes, y teniendo en cuenta los desprecios de que la hacían víctima continuamente, estaba dispuesta a darles una lección, ya que no podía desheredarlos debido a las cláusulas del testamento de su difunto marido.

En consecuencia, dividía su fortuna en tres partes iguales. Una para Barton, otra para Leila y una tercera para obras benéficas, en la seguridad, agregaba, que ésa sería la única donación realmente aprovechada.

Luego de todo esto venían las cláusulas finales, las que en verdad estaban cargadas de dinamita. Textualmente, la mujer exponía:

> «En caso de que Leila Lawery sea sorprendida por su hermano, o por cualquier otra persona ligada directa o indirectamente con este testamento o con cualquier persona

afectada por el mismo, en compañía de hombres con los que sostenga relaciones inconfesables, o las haya sostenido, será desposeída automáticamente de su parte de la herencia, la cual pasará a poder de su hermano Barton Lawery.

»En cuanto a Barton, si es sorprendido por su hermana, o por cualquiera de las personas detalladas en la cláusula anterior, bajo los efectos de drogas, o con pruebas irrefutables de haber perdido en el juego de azar una suma superior a cien dólares, será desposeído de su parte, la cual pasará a poder de Leila Lawery automáticamente.

»Espero que el temor de que uno se lance sobre la fortuna del otro, pueda contener sus inconfesables instintos y mantenerlos dentro de un camino digno. Y si no fuera así y los dos, Barton y Leila Lawery, fueran sorprendidos en las acciones antes mencionadas, serán desposeídos automáticamente de sus respectivas partes de la herencia o de cuánto dinero procedente de ella quedara en sus cuentas en aquel momento.

»Todo el dinero confiscado por esos motivos será repartido en organizaciones de beneficencia sin que quepa apelación alguna por ninguno de los herederos.

»Para el exacto cumplimiento de ésta, mi última voluntad, así como para supervisar las cuentas abiertas exprofeso para esta donación, nombro albacea con todos los poderes que exige la Ley a míster Kenny Edwards, mi asesor y abogado».

Seguían las firmas y una nota prendida con un *clip* escrita por mi socio en la que detallaba que, después de sus averiguaciones, había logrado saber que la fortuna, en el momento de la muerte de *mistress* Lawery, era de un millón doscientos quince mil dólares.

Un buen pellizco para cada hermano.

Cuando dejé el documento a un lado y encendí un cigarrillo, descubrí que Susie se había reunido con mi socio y Maggy.

Norman gruñó:

—¿Qué opinas, Jim?

—Con franqueza, después de conocerlos a los dos, me sorprende que hayan tardado tanto tiempo en empezar a suceder cosas raras. Sin embargo, sigo casi tan a oscuras como al principio. ¿Has podido

hablar con ese abogado, míster Edwards?

—Lo intenté, pero me dijeron que estaba pasando unos días de descanso en algún lugar cerca de San Diego. Y ahora será mejor que me cuentes todo lo sucedido desde que llegaste aquí, Jim.

—¿Crees que esas dos sirenas podrán prescindir de tu compañía por unos minutos?

Las dos muchachas ignoraron el comentario y desaparecieron en el dormitorio. Las dos necesitaban vestirse con más propiedad si querían evitar un alboroto.

Le relaté a Norman todo el caso desde el principio al fin sin omitir detalle. Él absorbió mis informes como el agua una esponja, sin hacer comentarios ni interrumpirme. Sólo cuando terminé quiso saber, muy interesado:

—Perfecto, Jim, pero lo único de todo eso que me interesa, es saber quién va a pagar nuestros gastos y el trabajo. ¿Tienes también una respuesta para eso?

—Seguro; Mike Fell.

—¿Cómo piensas lograrlo?

—Tengo algunas ideas al respecto. ¿Qué opinas de todo el lío?

—Todo él es absurdo. Incluso el comportamiento de esos dos policías contigo. ¿Por qué diablos iban a golpearte de semejante manera? No tenían ni una evidencia circunstancial contra ti…

—Eso creo que lo debemos también al camarada Fell, sólo él pudo poner al capitán Ryder sobre mi pista.

—Bueno, dejémoslo de momento. ¿Qué hay del crimen de nuestro cliente? No parece que sea cosa de su hermana…

—No lo creo. Es indudable que Barton Lawery se disponía a encargarme de la vigilancia de su hermana. Deseaba sorprenderla en uno de sus embrollos amorosos para arrebatarle su parte de la herencia. Sospecho que la suya debía estar muy debilitada. Por otra parte, si Leila se enteraba que él había perdido diez mil machacantes en el juego…

—Ya veo… Si en lugar de Barton hubiera sido Leila…

—Exacto. Si ella hubiese muerto, él hubiera quedado tranquilo con lo referente a la deuda de juego, aparte de embolsarse la herencia de su hermana. Pero fue Barton quien recibió el plomo en los sesos, amigo. Eso lo complica todo.

—Bien, tú conoces esto mejor que yo. ¿Qué podemos hacer antes

que la policía te eche el guante?

—Quiero hablar con Leila. Luego esperaremos que Fell regrese de su crucero y le haré una visita…

—¿Y qué crees que haré yo, esperarte en una esquina?

—Tú me guardarás las espaldas, muchacho. Yo empecé esto y quiero terminarlo a mi manera. De momento, vas a quedarte aquí mientras yo hago una visita a Leila. Y ten cuidado, sospecho que los perros de presa de Fell andan buscando a Susie con muy malas intenciones.

—No le sucederá nada. ¿Cuánto tiempo vas a tardar, Jim? No me gusta la inactividad, ya lo sabes.

—No sé… tal vez un par de horas.

Fui a la puerta del dormitorio y llamé con los nudillos. Maggy asomó la cabeza y me notificó que estaban vistiéndose, de manera que me despedí apresuradamente y ella cerró otra vez.

—Lindas chicas, ¿eh, Norman?

Mi socio hizo una mueca.

—Es cierto —refunfuñó—. Tienen algo… en especial Maggy.

—Tiene algo más que «algo». Si lo dudas, échale una mirada cuando esté de perfil.

Me encaminé a la puerta sin querer escuchar su opinión sobre mi retorcida mente. Pero antes de salir recordé otra cosa y me detuve.

—¿Traes tu revólver, Norman?

—Sí… ¿Dónde está el tuyo?

—En el hotel. Lo dejé en mi maleta.

—A estas horas estará en poder de la policía, deben haber registrado tu equipaje… —Sacó su «38» y me lo entregó, comentando al mismo tiempo—: Creo que volveré al hotel un momento. Tengo una automática en mi valija.

—Perfecto, así podré disponer de éste.

Me marché sin más comentarios, sintiéndome más seguro con el revólver en mi bolsillo.

Tomé un taxi y le di al chófer el nombre de la calle donde debía llevarme, advirtiéndole que ya le avisaría cuando debiera parar. Deseaba asegurarme de que no andaba la policía por los alrededores de Leila.

Durante todo el trayecto estuve recapacitando sobre el

testamento y lo que se había desatado a su alrededor. Llegué a un par de conclusiones muy sorprendentes, pero a medida que fui analizándolas, acabé convenciéndome de que resultaban muy plausibles. Y deseé más que nunca tener unas palabras con la hermosa Leila Lawery.

Mas, cuando el taxi se acercó a la casa donde vivía la muchacha, comencé a darme cuenta de que eso no iba a resultar nada fácil.

Había un grupo de gente frente a la entrada del jardín. Al otro lado del grupo, giraba el faro rojo de un patrullero. Dos coches más estaban estacionados detrás de éste, y más allá, como cerrando el cortejo, había una ambulancia detenida.

Sentí un extraño tirón en mis nervios. El taxista también acababa de advertirme la agitación, porque comentó:

—Mire, la policía… y una ambulancia. ¿Qué debe haber pasado?

—Cualquiera sabe —contesté, distraído.

El hombre redujo la velocidad, de manera que cuando pasamos frente al grupo íbamos a paso de tortuga. Entonces le sugerí:

—¿Por qué no se estaciona un momento y se entera de lo que ha pasado? Siento curiosidad.

—Yo también —dijo con entusiasmo.

Detuvo el taxi y se apeó. Lo vi hablar animadamente con los que se agolpaban en la acera. Estiró el cuello un par de veces en un vano intento de ver el interior del jardín, y finalmente rodeó al grupo y se acercó al policía de uniforme que permanecía sentado en el coche-patrulla, al cuidado de la radio. También con él habló con animación, como si fueran viejos amigos.

Cuando volvió estaba entusiasmado.

—Ninguno de esos mirones sabía a ciencia cierta qué había sucedido —comentó, instalándose otra vez ante el volante—. He tenido que preguntárselo a un poli.

—Ya me he dado cuenta. ¿Qué le ha dicho él?

Sacó el coche de donde lo había aparcado y reanudó la marcha.

—Me ha costado sudar tinta sonsacarle algo al guardia, no crea.

—¿Y bien? —le apremié, impaciente.

—Alguien se ha cargado a la propietaria de la casa, eso es todo.

—¿Qué?

—Dice el poli que era una mujer muy bonita… Le han cortado el cuello, usted sabe… ¡Qué cosas, madre mía! En pleno día y en un

barrio como éste… Aunque, si quiere que le diga lo que pienso, es en estos barrios aristocráticos donde hay más líos. Esa gente no tiene escrúpulos y…

Pero yo ya no le escuchaba ni mucho menos.

¡Habían matado a Leila!

A fin de cuentas, el bastardo que había asesinado primero a Barton, arreglando las cosas para que fuera ella quien cargase con el paquete, se había salido con la suya. Leila había dejado de existir también.

## CAPÍTULO IX

Las horas habían pasado con una lentitud desesperante desde que Norman, siguiendo mis instrucciones, saliera para comprobar una de mis hipótesis.

Maggy se había ido también para efectuar unas compras y Susie, acurrucada en un extremo del diván, me miraba en silencio mientras me dedicaba a recorrer la estancia arriba y abajo con pasos nerviosos.

Las últimas luces del crepúsculo apenas si podían filtrarse por entre las finas cortinas, de manera que la penumbra invadía ya el apartamento. Sin embargo, ni ella ni yo deseábamos encender ninguna luz.

Al fin, Susie no pudo resistir más y exclamó:

—¿Por qué no cesas en tus paseos, Jim? Me pones frenética…

—Lo siento.

Fui a sentarme a su lado. Ella me sujetó la mano entre las suyas y susurró:

—¿De qué tienes miedo, Jim?

—¿Miedo?

—Sí… ¿no es cierto?

—Está bien, algo hay de eso. Temo que Norman pueda correr un gran riesgo. Hay un asesino suelto que no dejará que nadie le pise los talones sin hacer todo lo que esté en su mano para evitarlo. Ya ha matado tres veces… y seguirá matando si no lo impedimos.

—Jim…

—Olvídalo, pequeña. No es nada que te concierna a ti después de todo.

—No digas esas tonterías. ¿Crees que no me concierne después de lo que tú has hecho por mí?

—Es distinto.

Se acercó a mi lado sin soltarme la mano y apoyó la cabeza en

mi hombro.

—¿Qué harás cuando esto termine, Jim? —murmuró.

—Volver a Los Ángeles, naturalmente.

—Era lo que suponía.

Me aparté un poco para poder verle la cara.

—¿A qué viene eso, querida?

—Solamente… me preguntaba si una chica como yo podría encontrar algún trabajo en Hollywood.

—Tonterías. Hollywood es una bocaza que devora a las chicas que llegan de todo el país atraídas por su brillo. ¿No tienes a nadie aquí, Susie?

—No.

—Bueno, ya hablaremos de eso. Los Ángeles te gustaría sin duda alguna.

—¿Tú crees?

Levantó la cara y sus labios quedaron a menos de un; pulgada de los míos. Apenas si tuve que moverme par: apresarlos casi con voracidad.

Mientras duró el largo beso, ella acabó de acurrucarse contra mí y sus brazos me rodearon el cuello, formando una especie de cepo. Recordé cómo la había conocido cómo la viera al salir del agua… y algo semejante a una llama comenzó a arder en mi sangre.

Ninguno de los dos parecía dispuesto a romper el hechizo de aquel instante. Fue necesario que alguien llamara insistentemente a la puerta para que el abrazo se rompiera y los dos quedásemos mirándonos como si nos viéramos por primera vez.

—Jim… —susurró.

Me levanté, aturdido todavía, y abrí la puerta. Norman entró con gesto de cansancio y fue directamente a derrumbarse en el diván.

Cerré y fui a reunirme con él.

—¿Y bien? —inquirí, inquieto.

—Deja que recobre el resuello. He andado millas y millas por esta condenada ciudad. Y con ese calor…

—Vamos, desembucha, ya descansarás luego.

Sacudió la cabeza y gruñó:

—Mientras esperas aprovecha para limpiarte la cara, chico. Alguien te ha embadurnado con salsa de tomate o algo semejante.

Susie dejó escapar una risita y se esfumó por la puerta de la cocina. Saqué el pañuelo y lo dejé hecho un mapa después de frotarme la cara.

—*Okey*, ¿qué has conseguido?

—Estabas en lo cierto, hijo —refunfuñó—. Está en el hotel «Ensenada», junto a la playa. Uno de los más lujosos de la ciudad, si es que quieres saberlo.

—Al diablo; lo que quiero saber es qué has hecho.

—Bueno, primero recorrer docenas y docenas de hoteles de todas las categorías. Jamás hubiese creído que hubiera tantos hoteles en esta ciudad, Jim…

—Es un lugar de turismo —comenté—. Sigue.

—Bueno, al indagar en el «Ensenada» se ha acabado el recorrido. Pero como yo estaba hecho polvo y tú no puedes andar por ahí sin que la policía te eche el guante, he contratado a un detective local para que no le pierda de vista.

—Imagino cuánto te habrá costado tomar esa determinación —dije con sorna.

—¡Claro que me ha costado! Hasta aquí, nadie corre con nuestros gastos. Somos nosotros quienes tendremos que pagar a ese detective… Sólo el pensarlo me pone enfermo. Y ahora, mientras descanso los pies, suelto tu teoría, muchacho, si es que tienes alguna.

—Ya hemos hablado antes de eso. Hay algo más importante que hacer por el momento.

Descolgué el teléfono y marqué el número del «Rancho Pintado», el lujoso *cabaret* de Mike Fell.

Una voz bien timbrada preguntó quién llamaba, pero pasé por alto su curiosidad.

—Deseo saber cuándo regresará Mike.

—¿Míster Fell?

—Sí, claro.

—Está aquí, señor. ¿Quién le llama?

—Un momento. Anoche se hizo a la mar con su yate y…

—Ha regresado de madrugada. ¿Quién es usted, por favor?

—Me llamo Jim Bloch. Dígale que deseo hablar con él y que se trata de algo urgente.

Esperé con los nervios en tensión. Norman, casi tendido por

completo sobre el diván, había encendido un cigarrillo y parecía totalmente ajeno al asunto.

Al fin escuché unos sonidos metálicos y la voz del tahúr refunfuñó:

—¿Bloch? Me han dicho que quería hablarme…

—Le suponía a usted en alta mar, Fell.

—Cambié de idea —repuso con voz seca—. ¿Qué le pasa a usted?

—Necesito verle. Tengo algunas cosas importantes que contarle.

—¿Importantes para quién, fisgón?

—Para mí en primer lugar. Pero, pueden serlo mucho más para usted, Fell.

—¿Por qué?

—Se lo diré cuando le vea. El teléfono es un trasto muy indiscreto.

—Le dije que no me gustaba que…

—¡Al diablo con lo que dijo! —le atajé—. Sé quién asesinó a Barton Lawery y al pobre Harrigan. ¿Le interesa eso?

—¿Por qué debería interesarme?

—Entre otras razones, porque estoy en situación de llevar al criminal a dónde debe estar. Pero, y eso es lo importante para usted, si me enfado puedo hacer que todas las pruebas se acumulen contra usted le guste o no.

—Ya veo… ¿Qué es lo que quiere a cambio de entregar al asesino?

—Ése es otro de los puntos que discutiremos personalmente.

Lo pensó durante un rato. Al fin accedió:

—Venga aquí esta noche, Bloch —gruñó—. Le escucharé y tal vez lleguemos a un acuerdo. Pero no me cause quebraderos de cabeza o tendré que adoptar otras medidas.

—Narices, Fell. Yo soy quien tiene la batuta ahora. Estaré ahí a las once.

Y colgué de golpe.

Norman refunfuñó:

—¿Estás seguro que sabes lo que vas a hacer?

—Creo que sí. Tenemos tiempo de sobra hasta las once, de manera que muévete, viejo. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Muévete, muévete… ¿crees que mis pies son de madera?

Siguió tumbado hasta apurar el cigarrillo. Entonces llegó Maggy cargada de paquetes y Norman saltó en pie como impulsado por un resorte. Pareció olvidarse de sus pies definitivamente y desapareció en la cocina en compañía de la muchacha.

Cuando volvió a aparecer apenas si hizo ningún comentario. Lo único que quiso puntualizar fue:

—¿A las once, Jim?

—A esa hora entraré en el «Rancho Pintado». No creo que necesite más de diez o quince minutos.

—*Okey*. Apriétale los tornillos a Fell con lo que quieras, pero sácale los cuartos. Nosotros ya tenemos al asesino a menos que tú estés equivocado de arriba abajo, de manera que tan pronto Fell sepa esto no soltará un centavo.

—Ya veremos. Hay algo que no acaba de gustarme en mi teoría. ¿No has averiguado a qué hora ha regresado al hotel el picapleitos?

—¿Cuándo?

—Por la mañana, naturalmente.

—Esta mañana no ha salido, hombre —exclamó, dirigiéndose a la puerta—. Lo he comprobado sin lugar a dudas. Y cuando haya salido después, lo habrá hecho llevando a nuestro colega pegado a sus talones.

Abrió la puerta y se fue dejándome sumido en un mar de dudas.

Hasta que pensé en todo lo demás y me esforcé por unir las distintas piezas. Algunas encajaron y otras no, pero por lo general pude reunir las suficientes para formarme una última opinión de lo sucedido.

Deseé fervientemente que fuera la última.

A las diez y media en punto emprendí el viaje en un taxi. Un viaje que si no andaba listo bien podía ser el último que hiciera por mi propio pie.

# CAPÍTULO X

Abandoné el taxi antes de llegar al espacioso aparcamiento del *cabaret* y acabé el trayecto a pie. Así pude descubrir a uno de los gorilas de Fell patrullando por entre los coches estacionados, cerca de la entrada. Lo esquivé fácilmente.

Continué mi exploración después de comprobar que sólo faltaban cinco minutos para las once de la noche. Me di cuenta del gran número de vehículos aparcados, indicio de una numerosa concurrencia. El negocio debía rendirle excelentes beneficios al gordinflón.

El segundo perro guardián surgió de una esquina del edificio y anduvo cansinamente a lo largo de la pared. Estaba en una zona más oscura que el resto del terreno, fe manera que lo elegí a él como cabeza de turco.

Me deslicé en silencio hasta colocarme a sus espaldas. Entonces le hundí el cañón del revólver en las costillas y le advertí:

—Estás en el mismo borde del infierno, compañero, así que pórtate bien…

Levantó las manos sin que tuviera que ordenárselo. Le registré en un segundo y le aligeré del peso de una gran automática, que pasó a mi bolsillo.

—Así está mejor —rezongué—. Ahora dime dónde está Ames.

—Con el patrón… con míster Fell.

—¿En el despacho?

—Sí.

—*Okey*, vas a llevarme allí sin alborotar. Si tengo que disparar tú recibirás el primer plomo. ¿Está claro?

—Sin duda. ¿Es usted Bloch?

—Ajá; ¿era a mí a quien estabas esperando, tú y el otro mastín?

—Sí… pero no teníamos órdenes de hacerle ningún daño. Sólo conducirle a presencia del patrón.

—Eso es exactamente lo que vas a hacer, angelito. Vamos.

Anduvimos pegado el uno al otro. Desde mi bolsillo, mi revólver no se apartaba de su objetivo ni un segundo.

No hubo más dificultades en el recorrido. Nuestra entrada en el despacho del tahúr causó cierta conmoción, parte de la cual me dejó un tanto sorprendido.

Mike Fell estaba al otro lado de su mesa, con toda su humanidad desparramada por el sillón. Levantó la cabeza y abrió la boca, estupefacto, pero ningún sonido salió de ella.

Sentados en dos butacas, el capitán Ryder y su perro de presa el teniente Stone, pegaron un respingo cuando se dieron cuenta que quién llevaba un revólver en la mano era yo y no el matón que me precedía.

Y un tipo que parecía arrancado de una película romántica se inmovilizó en sus paseos y se quedó igual que un poste, mirándome. Supuse que era el llamado Ames, el Apolo encargado de proporcionar «diversiones» a su jefe.

Tenía un buen tipo y una cara demasiado perfecta para que me gustase. Todo él era perfecto, incluso sus ropas. Pero sentí tremendos deseos de meterle una bala en las tripas y ver qué pasaba. Sólo imaginar la cantidad de incautas muchachas que habría llevado al yate se me revolvió la sangre.

—¿Qué significa eso, Fell? —exclamé—. ¿Reunión de negocios, o una nueva encerrona?

—En todo caso, no ha caído usted en ella…

Cerré la puerta de un puntapié y empujé a mi prisionero hasta colocarlo en un rincón.

—No te muevas de aquí ni que se hunda el techo, amigo, o te volaré los sesos. Usted es Ames, ¿eh? —dije, enfrentándome con el atildado pistolero.

—Ése es mi nombre.

—Ya lo suponía… levante los brazos. Y ustedes dos, representantes de la Ley, no muevan un dedo tampoco porque les clavaré en la butaca. Y hablo en serio.

No replicaron, pero continuaron quietos como estatuas. En la mirada del teniente brillaba un infierno de odio, en cambio, Ryder parecía tan tranquilo como si se hallara en una reunión de amigos.

Desarmé a Ames. El tipo rechinó los dientes con furia y se volvió

despacio, desafiante.

—No crea que eso terminará así —gruñó.

Le sacudí de abajo arriba con el cañón de: su propio revólver. En la mejilla le apareció un surco sangriento y el pistolero trastabilló violentamente.

—Vuelve a abrir la bocaza y cuando terminé contigo no habrá ninguna chica que resista verte sin vomitar. Y ahora colócate junto a la pared, vivo.

Retrocedió restañándose la sangre con su pañuelo, Ryder dijo:

—Cuidado, Bloch. No se meta en más líos. Escuche a míster Fell primero.

—¡Claro que escucharé a esa bola de sebo! Y todos ustedes me escucharán «a mí».

Fell carraspeó, inquieto, y masculló con voz tensa:

—Usted me ha dicho por teléfono que había descubierto al asesino de Barton Lawery…

—Añada a los méritos del criminal la muerte del pobre Harrigan. ¿Qué le parece como trabajo de un aficionado, Ryder?

En lugar del capitán, quien habló de nuevo fue el tahúr:

—*Okey*, díganos quién es y déjelo en manos de la policía. Estoy dispuesto a recompensarle si me da su palabra de que abandonará la ciudad inmediatamente.

—Precisamente he venido a hacer un trato semejante, Fell. Alguien tiene que pagar mi trabajo, creo yo. Y usted es el candidato ideal, ya que fue usted quien mandó a Ryder y su perro amaestrado contra mí. ¿No es cierto?

—Sí —reconoció con toda desfachatez—. Pensé que si la policía le asustaba se largaría de aquí y me dejaría tranquilo. En mi negocio no podemos permitir escándalos, Bloch, ya lo sabe usted.

—Perfecto. ¿Cuánto está dispuesto a pagar?

—Mencione una cifra.

—Mire. Lawery tenía que abonarme los gastos de estancia más cinco mil dólares si solucionaba su apuro. ¿Qué le parece?

Fell dirigió una mirada a sus policías particulares, pero sólo fue un gesto fugaz, como si no supiera adonde dirigir los ojos.

—De acuerdo, Bloch, seis mil y no se hable más del asunto.

Lancé un suspiro de alivio.

—Veamos su dinero, Fell.

Se levantó, bamboleándose, y se acercó a la caja fuerte empotrada en la pared que había a su espalda. Abrió la redonda portezuela y le encañoné recto a la cabeza por si tramaba algún truco. Pero todo lo que hizo fue contar un fajo de billetes, cerrar la caja y volver a su sitio resoplando como un fuelle. Cualquiera hubiera dicho que acababa de realizar un ejercicio violento.

—Aquí tiene, seis mil, Bloch. Y ahora díganos quién es el asesino y podrá largarse.

Me apoderé de los billetes sin dejar de mantenerlos bajo el cañón de mi revólver.

—Perfecto, Fell. Ahora escúchenme y no pierdan palabra porque no repetiré nada. ¿Alguno de ustedes conoce el testamento extendido por la madre de los Lawery?

Todos negaron con un movimiento de cabeza, de manera que les puse al corriente de las sorprendentes cláusulas. No tuvieron que fingir su interés ni el asombro que les producía aquello.

—Leila —dije al finalizar—, quería apoderarse de la fortuna de su hermano, y Barton abrigaba los mismos propósitos con respecto a ella. Por eso me contrató a mí.

Me escuchaban con tanta atención, que me entraron ganas de reír al imaginar la bomba que les reservaba para el final.

Sin embargo, añadí con el mismo tono:

—Barton quería que yo sorprendiera a Leila en una de sus noches de orgía. Eso hubiera sido suficiente para que automáticamente el dinero fuera a parar a sus bolsillos. *Okey*, eso parecía una buena idea, pero él olvidó que también tenía el flanco al descubierto y se lió en una partida amañada. ¿No fue así, Fell?

—Bueno, jugó y perdió, eso es todo —rezongó el tahúr.

—Narices. He sabido que había podido contener su vicio de jugar durante cierto tiempo, hasta la noche en que se lió aquí en una partida de póker y perdió diez de los grandes. Eso era más de lo que Leila necesitaba para echar mano al dinero de él. A propósito, Fell, ¿cuánto iba a cobrar usted por ese negocio?

—No le importa, ni creo que eso tenga nada que ver con los crímenes. Vaya al grano, Bloch. Me cansa su charla, ¿sabe?

—Seguro; bien, así las cosas, camaradas, Barton es asesinado y el criminal arregla el escenario de manera que acuse directamente a Leila…

—¿De qué demonios está hablando? —me atajó Ryder, estupefacto.

—Oh, es cierto que usted no sabe nada de eso. Yo estuve primero que usted junto al cadáver. En efecto —añadí, sin hacer caso de su expresión—. Barton tenía metido en el puño un pañuelito de su hermana. También en el pequeño revólver debía haber huellas dactilares de Leila, debido a que ambos solían tirar al blanco con él. Me apoderé del pañuelo y borré las posibles huellas del arma antes de abandonar la casa.

—¡Maldito sea usted! —estalló el capitán incorporándose en el sillón.

—Siga quieto y todo irá bien, Ryder —le amenacé fríamente.

Obedeció a regañadientes. Stone apretó los dientes, que hicieron un ruido seco, y me fulminó con la mirada. Me alegró ver los parches adhesivos que adornaban su cabeza.

—Al conocer el testamento —proseguí—, me di cuenta de que los únicos beneficiarios si los dos hermanos perdían su herencia eran las instituciones de beneficencia a las que fuera a parar el dinero. Sin embargo, no cabía pensar que esas instituciones llegasen hasta el crimen para embolsarse el dinero, así que sólo me quedó un posible candidato; el individuo encargado de repartir precisamente esas cantidades… el abogado llamado Edwards. Él podía hacer lo que le diera la gana con la fortuna, e imagino que ya en la primera donación se quedó con una buena parte, tal vez creyendo en que la mejor institución de caridad era él mismo.

Cuando callé, todos ellos se miraron con asombro. Fue Ryder quien gruñó:

—Eso me parece sensato… si es que ese tipo está en la ciudad.

—Está inscrito en un hotel desde dos días antes de la muerte de Lawery.

—Iremos a hacerle unas preguntas —decidió el capitán.

—Más tarde —dije—. Edwards preparó el escenario de tal manera que la policía no dudase de la culpabilidad de Leila, pero eso le llevó cierto tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que le interrumpieron dos veces. Una, cuando una muchacha llegó a la casa y estuvo a punto de sorprenderlo. Se escondió y esperó que se fuera…

—¿Quién fue, Bloch? —quiso saber Ryder.

—No le importa. Ella está al margen del caso. Bien: la chica salió de estampida en cuanto vio a Barton, al que creyó suicidado. Entonces, Edwards salió otra vez de su escondrijo y, cuando volvía a estar dedicado a su tarea, sufrió otra interrupción: Mitch Harrigan.

—¿Quiere decir que Harrigan vio al asesino?

—No entonces. Si hubiera sido así, habría muerto allí mismo. Más bien creo que salió de la casa aterrorizado, furioso al mismo tiempo porque él había ido allí a matar a Lawery y éste había escapado a su venganza. Pero debió quedarse por los alrededores, tal vez a causa de haber escuchado un ruido en la casa, o quizá vio algo que despertó su suspicacia. Ya antes había visto salir a la muchacha.

—Ya veo… Descubrió la identidad del asesino cuando éste abandonó la casa, terminada su tarea.

—Seguro que fue así. Debió seguirle para poder identificarlo, y el muy tonto creyó que podría exprimirlo y salir de apuros. No obstante, el criminal no estuvo dispuesto a pagar.

—Es una buena deducción, Bloch —reconoció Ryder—. Pero no posee usted ninguna prueba.

—No, pero creo que Edwards mismo nos la dará. Empleó su propio revólver para matar a Harrigan, ¿no es así?

—¿Y cree que todavía lo conserva?

—Es posible. Él no puede conseguir un arma siempre que se le antoje… no está familiarizado con ciertos ambientes. Y no puede permitirse tampoco comprarla en una tienda. Estoy casi seguro que lo guarda por si surgen más dificultades.

—Sería una gran suerte… —murmuró Ryder, pensativo.

Les miré uno a uno. Incluso Fell trató de esbozar una sonrisa. Stone escupió en el suelo sin consideración alguna por el costoso *parquet*.

—*Okey*, Bloch —dijo Fell—. El resto lo hará el capitán. Usted puede volver a Los Ángeles muy satisfecho a mi entender. Se lleva un buen puñado de dólares.

Dejé que reinara un largo silencio. Eché un vistazo a Ames y lo vi con el pañuelo pegado a la mejilla. El otro pistolero ni siquiera prestaba atención a lo que sucedía, deseoso de mantenerse al margen.

—Me pregunto… —dije, pensativo.

—¿Sí, Bloch?

La voz de Fell era amable.

—Bueno, tal vez estuviera usted dispuesto a pagar algo más a cambio de saber quién asesinó a Leila Lawery también, Fell.

A pesar de su enorme humanidad, pegó un respingo que amenazó con hacer astillas el sillón. Ryder se enderezó, furioso, y Stone volvió a escupir.

Cuando recobró la voz, Fell gruñó:

—Lárguese de una maldita vez, Bloch. ¿Cree que soy una institución benéfica?

—Lo parece… Contribuye regularmente a los gastos de Ryder y su perro amaestrado, y supongo que también en los de otros policías tan corrompidos como ellos. Unos dólares más no le perjudicarán, ¿eh?

—¡Maldito sea su estampa! —bramó el capitán, levantándose.

Stone le imitó, pero se inmovilizaron cuando mi revólver quedó fijo en ellos.

—Bueno —les animé—, ambos llevan armas. ¿Por qué no tratan de sacarlas?

—No se atrevería a disparar contra nosotros —opinó Ryder.

—Haga la prueba.

No la hizo y volvió a sentarse. Tras una vacilación, Stone le imitó.

—¿Qué hay de mi oferta, Fell? —insistí.

—¡Váyase al infierno! Ya tiene suficiente.

—Es una lástima… Hubiera sido algo muy divertido.

—¿Qué ve de divertido en esto? —graznó Fell, inclinándose sobre la mesa.

—Me habría gustado cobrar también por ése trabaje. Sería la primera vez que un asesino paga por su propia captura.

Nadie dijo una palabra durante unos segundos. Se extendió una extraña atmósfera dentro del despacho, igual que si se hubiese hecho un repentino vacío.

El primero en recobrar la voz fue Ryder.

—¿Sabe lo que está diciendo, fisgón? —rezongó.

—Sí. Que Fell, o uno de sus asesinos a sueldo, es quien ha matado a Leila Lawery.

Poco a poco, Fell se echó hacia atrás y luchó por contener sus impulsos. Por el rabillo del ojo vi a Ames deslizarse hacia la estantería que tenía a la derecha.

Stone farfulló:

—Creo que ya lo hemos soportado bastante capitán.

El aludido dirigió una mirada inquieta al tahúr y luego, me miró a mí. Fell gruñó:

—Stone tiene razón; ya hemos soportado bastante. Desármenlo.

Eso era más fácil de decir que de hacer. Ryder siguió mirándome con el ceño fruncido. Stone tensó los músculos pero se mantuvo quieto. Sólo Ames siguió con su lento avance hacia la estantería.

—¿Qué le parece, Ryder? —dije con burla—. Usted cobra de Fell, lo mismo que el teniente. Y ahora les ha llegado la hora de justificar el soborno. Su amo es un asesino y ustedes tendrán que hacerse cómplices de un par de crímenes para seguir percibiendo sus pagas sucias de sangre… Bien, ¿a qué esperan?

Ryder dijo con voz ronca:

—No tiene pruebas… intenta sacar partido de la situación, embolsarse más dinero…

—¿Usted cree?

Vi a Ames llegar a la estantería y deslizar su mano en uno de los estantes. Mis nervios estaban tensos, pero respondían perfectamente al esfuerzo que les exigía.

De repente, Ames retiró la mano y giró empuñando una automática. Disparé dos veces seguidas, tan rápidamente que pareció un solo disparo.

Tuve la satisfacción de ver a Ames pegar un brinco, rebotar contra la pared y caer como un fardo, con la cara destrozada. Ya no volvería a pervertir más muchachas, ni iniciaría a ninguna chica en el vicio de la marihuana, llevándola a la degeneración más absoluta.

Pero Stone creyó que podía aprovechar la oportunidad y se levantó llevándose la mano a la axila. Se movió con la celeridad del relámpago a pesar de su tamaño, buscando protegerse detrás de la butaca que había ocupado.

Ryder gritó algo que no entendí porque en aquel preciso momento, retumbó un escándalo en la puerta y me eché de bruces al suelo. La bala de Stone pasó por encima de mí. Su «45» estalló como una bomba entre las paredes cerradas.

Le envié un par de balazos sólo para mantenerle ocupado. Ryder se dejó caer de rodillas y me asombró que no tratase de sacar también su revólver, aunque le tenía bajo la amenaza del mío sin protección alguna.

En aquel momento hizo su entrada Norman blandiendo una automática alemana a la que profesaba gran cariño. Detrás de él aparecieron dos policías de uniforme armados de fusiles ametralladores y dos hombres de paisano.

Stone asomó la cabeza buscándome con su mirada glacial. No consiguió más que recibir el único balazo que disparó Norman. Vi su cabeza estallar como un globo. Su corpachón se levantó de un salto con el último estertor de la muerte, y tras esto cayó sobre el respaldo del butacón, dio una vuelta y se derrumbó a los pies de Ryder, que le miró pálido como un cadáver.

—¿Estás bien, Jim? —gritó mi socio.

—Me tiemblan las piernas, chico, pero eso es todo.

Me acerqué a Fell, que contemplaba la escena paralizado de terror. Sabía ya que había llegado al final de su carrera y ni siquiera tenía ánimos suficientes para hablar.

Detrás de mí, Norman dijo:

—Esos dos caballeros son oficiales de la policía del Estado, Jim. Creo que harán una buena limpieza… he tenido tiempo suficiente para contarles todo el asunto, incluyendo los manejos de los policías corrompidos. No les ha gustado nada…

No le hice caso y rodee la mesa, encarándome con el gordo tahúr.

—Ahora, Fell, va a decirme por qué mandó matar a Leila o le haré pedazos. ¡Vamos, hable!

—No se atreverá a tocarme… Hay policías aquí.

—¿Cree que los policías honestos protegerán a un asesino degenerado como usted? ¿Por qué, Fell?

—No diré una palabra. Voy a llamar a mi abogado.

Alargó la mano hacia el teléfono. Sólo tuve que golpeársela con el cañón del revólver y se la aplasté contra la mesa destrozándole un par de dedos.

—¡Basta, Fell! —grité.

Estuvo chillando un par de minutos, mientras los policías del Estado se ocupaban de desarmar a Ryder y colocarle las esposas. Lo

mismo hicieron con el pistolero que yo había capturado al llegar y que no se había movido de su rincón, con lo cual había conseguido estar vivo todavía.

Fell dejó de aullar cuando le sujeté por la pechera de la camisa y le zarandeé.

—¡Hable, maldita babosa! —le amenacé—. ¿Quiere que siga rompiéndole los huesos? Nadie podrá salvarle ya, de manera que si le gusta que le sacudan…

Le incrusté el cañón del revólver en el costado. A pesar de la enorme masa grasienta debí encontrarle un punto flojo, porque pegó un berrido y se echó hacia atrás con lágrimas en los ojos. No podía soportar el dolor por lo visto.

—¡Basta! —gimió.

—Hable, Fell… es la única manera de llegar al tribunal entero.

—Ella…

—¿Leila?

—Sí… me propuso estafar a su hermano… amañar una partida para que perdiera una cantidad importante…

—Y le timó diez mil dólares.

—Sí… Pero ella tenía que pagarme otros tantos. Se asustó; creyó que yo había mandado matar a su hermano, y al otro tipo… Harrigan… se echó atrás y dijo que iba a confesarlo todo a usted… no quería ser cómplice de dos asesinatos. No quiso creerme cuando le aseguré que yo no había intervenido para nada en esas muertes…

—Okey, Fell. ¿Quién hizo el trabajo?

—Ames…

Dejé escapar un suspiro, hice una seña a los policías me aparté de la mesa.

—Se lo regalo —dije—. Es suyo por entero.

Los dos se acercaron entonces. Uno de ellos gruñó, satisfecho:

—Ésa es una clase de interrogatorio que nosotros no hubiéramos podido llevar a cabo… ¡Llévenselo!

Los guardias colocaron las esposas al tahúr y lo arrastraron hacia la salida.

Rodeé la mesa y me dejé caer en el sillón de Fell. Me sentí importante, instalado en aquella especie de trono.

Tuve que abandonarlo pronto para acompañar a los policías. Había que prestar declaración, aclarar los detalles y aguardar que le

echaran el guante al abogado… Entre unas cosas y otras, era pleno día cuando Norman y yo pudimos abandonar la sede policíaca, cansados, roncos de tanto hablar y dictar declaraciones e informes, pero libres para marcharnos de la ciudad cuando se nos antojase.

—Hasta ahora no he podido hablarte a solas —gruñó mi socio con nerviosismo—. ¿Conseguiste la *pasta*?

—Seis.

—¿Sólo seiscientos? —protestó, iracundo—. ¿Qué clase de estúpido eres?

—Seis mil, compañero.

Se quedó sin habla. Luego me palmeó la espalda y seguimos andando un buen trecho sin hablar. Casi podía escuchar los pensamientos de mi compañero como si los estuviera expresando en voz alta. Su mente semejaba una máquina de calcular.

Así llegamos ante el portal de la casa donde vivía Maggy. Allí nos detuvimos y, tras un titubeo, Norman balbuceó:

—Hay algo que quisiera decirte, Jim…

—Yo también tengo algo que decirte.

—Bueno, tú primero.

—Tú has empezado, termina.

Se echó a reír. De repente lo comprendí todo y le hice coro, con lo que nos ganamos las miradas asombradas de los transeúntes.

—Se trata de las chicas, ¿no es eso? —dije al fin.

—Sí; creo que a Maggy le gustaría vivir en Los Ángeles —confesó, como a regañadientes.

—Lo mismo que a Susie.

—¿Se lo has dicho?

—Todavía no.

—Yo tampoco.

—¿A qué esperamos entonces?

Echamos a correr escaleras arriba. Naturalmente, se lo dijimos por separado, con una pared por en medio para tener cierta independencia de acción. Hay cosas que no es posible resolverlas si hay espectadores delante.

Ambas dijeron que sí.

Bien, realmente, dijeron muchas más cosas… cuando pudieron hablar.

FIN

# TESOROS OCULTOS



RIQUEZAS

QUE

ESPERAN...

... la mano atrevida que las arranque de su escondrijo de siglos.

Son muchos (más de los que suponemos) los tesoros ocultos que cualquiera de nosotros puede encontrar estudiando antiguas leyendas o localizando los documentos reveladores.

**MARABU ZAS**




**EDITORIAL BRUGUERA, S. A**

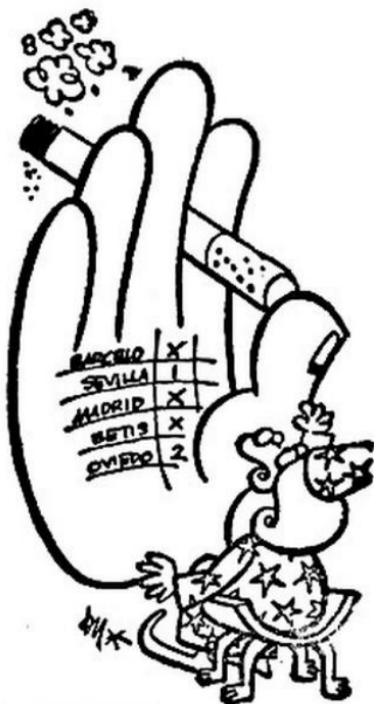
# LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.




MARABU
ZAS





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 -- BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



